

CREPITACIONES

Salvador Pliego

Copyright © 2011
COPYRIGHT by Salvador Pliego. All rights reserved.
Houston, Tx. USA

Todos los derechos reservados. Este libro no puede ser parcial o totalmente copiado o reproducido de cualquier forma sin autorización del autor.

Fulminación del *dejà vu*

El poeta siempre ha sido y será un ser del otro bando, del otro lado justo de lo no insólito, de la acera que lleva segura por el camino oscuro de la luz. Así pues Salvador, en sus *Crepitaciones*, nos deja ante los ojos unos versos de fuego, surgidos, intuimos, de ese ángel que le tienta a pecar, a imponer su voz sobre lo dicho, a ser irreverente con lo manido, a descubrir lo que se halla al otro lado justo del espejo de una realidad que, continuamente, pronuncia su mentira para instaurar en ella la posibilidad del imperio cierto de la poesía.

Arde la música en estos versos, crepitan las vocales y se aúnan, se diluye el silencio y abre paso a una novísima combinación de las imágenes. Quedamos altamente sorprendidos de este hacer en el que no se realiza lo esperado sino que lo hecho nos abre nuevos caminos ante la mirada. Cada imagen que abrimos es una selva nueva en la que los colores, el tacto, el aroma, todo, nos habla del interior de un poeta que tiene en sus pupilas una nueva manera de descifrar lo cierto, lo incierto, lo visible y lo invisible, un nuevo jeroglífico que logra fusionar la lengua con la matemática y con el volumen de un universo a su modo, posiblemente eco de otros universos aún por descifrar. Pliego nos los descifra, Pliego nos aporta la magia suficiente como para, a modo del más severo funambulista, cruzar de nuestra realidad a esa *realidadsueñoimaginadadeliradacautiva* a la que él arranca las más duras fallebas hasta dejarla libre.

Atrapa el deshacer de este poemario para elevar de nuevo toda edificación, pues el poeta, leal a su propia poética y sabedor de que su reino sí que es de este mundo, desnace cielo y tierra y los vuelve a parir, en tanto se repare él mismo y toda la anatomía de las cosas crece en otro discurso diferente. Qué cielo más cercano, qué mujer, qué suma de fisonomías y arquitecturas más deliciosa se extiende ante nosotros cuando paladeamos sus poemas. Un poemario que discurre en diferentes fases, en diferentes días, que también levanta el autor de un lecho invisible donde parecía dormir todo hasta cazarlo ese asombro que nos invade.

Todo el milagro de lo no posible se asienta en el poderío de esta pluma para quedar perfectamente perfilado. Diríase de un poemario escrito bajo el influjo de

cualquier brujería, pues la propia metáfora se convierte en metáfora de sí misma y pajarea, se respunta, se avitualla de verbos, se visualiza como un caleidoscopio múltiple en el que cada lector puede alzar el poema a su antojo y deletrear la armonía a paso de gigante.

Quedo maravillada al penetrar en los sonidos, en las configuraciones, en el arder-crepitar de estas palpitations de un poeta cuyo surrealismo convierte en irrealidad lo que vivimos, cuyo decir atraviesa lo dicho y nos lo hace carne, cuyo canto desmiente la medida de los versos y resuena infinito, a su hacer, a su perfilado pálpito, a su delirio, resultando un canto que es argolla y es hierro que nos marca y detiene.

Si no saboreamos su escritura no podremos decir que hemos soñado.

Crepitaciones es un libro preciso para adentrarnos en lo otro, en todo aquello que el que no ve no habrá podido jamás imaginar. Doy fe de ello, porque lo he transitado desnuda, empapada del sol que nos ofrece.

En el sur, anocheciendo ya el verano

Dolors Alberola

ÍNDICE

2	Crepitaciones de la poesía
23	La vida
43	Cascadas de alegría
62	Versos humanos
72	Prolegómenos del corazón
82	Fenomenología del verso o el ente en la palabra
93	Biografía del autor

CREPITACIONES DE LA POESÍA

I

Procedencia

Vino tocando puerta, aire,
la harina y las raíces.
Dio cinco golpes de octosílabos
para que le escucharan en la puerta.
Sobre la sábana de nísperos,
su inmensidad abrió el secreto
de una danza en letras
que harían travesía.
Y lo que surgió fue el mar abierto
con un desnudo viento
que se atrevió a besarle
en el estribo de su léxico infinito.

II

Forjando la poesía

El agua le tembló los ojos... ¡El agua!
Diez jinetes cabalgaron su rima
en una sinalefa golpeada por casquillos.
El acero que trotaba
llevaba la estrofa de amapolas del camino.

Duro y fuerte,
duro y firme,
duro y recio
le tembló en los ojos.
Y el agua le abrió los surcos
del silencio y de las aves,
dibujando sus palabras
en los muros del paisaje.

III

Convocando la poesía

Ábrete, palabra,
como el sabor del fruto de la lejanía
y el mantel que flota en el aire
con el néctar vistoso y merecido.

Alúmbrate, entonces, en una seguidilla
para darle al campo su nube
que al tragal amamanta
y a la noche sus lágrimas vacía.

Descíbete en el mapa
de una isla peregrina
provocando al río
su torrente en estampida.

Estoy en flor, dinos,
en el azul silvestre de los ojos,
seduciendo a los marinos
a embarcarse en los náuticos maderos
para ver vivir las olas
y los iris prometidos.

IV

Tu verso agita

Tu verso agita mi boca hasta el gerundio
y derrama mi lengua hasta la greda.
¡Qué mensaje de tórtola y de entraña
se escapa escribiendo!
Habría que buscarle la bóveda perfecta
o, al menos, el planeta
donde duerma desprendida.

Flor encinta de la aldonera,
se te fue inflando el vientre
con estrofas de sextillas,
y una luz cayó en el mundo
en los labios carnosos
de una hembra jardinera.

V

Me pregunto

¿Aún me pregunto
dónde guardas el tinte de la gracia,
o el ceño de tu júbilo,

o el vestuario de tu arrojito,
o la irreplicable medida de tu chispa,
o las notas de tu garbo?

Ladrón, dime,
porque me robó algo de tu brío
con esas monerías que dan indulto a la palabra.

Y grítalo con fuerza: ¡Ladrón,
que te has llevado auroras lácteas
en medio de las uñas,
has zurcido cielos pubertinos bordándoles quimeras,
has amnistiado olas liberándoles la arena!
¡Ladrón!

Y yo vendré de nuevo, poesía, en sigilo y con cautela,
con la discreción propia de la luz
hurgando seculares pitonisas;
vendré a seguir robándote el racimo de uvas.

VI

Linderos

Así nos fuimos al convite
sentados al borde de la primavera.
Sólo los pájaros alumbraban
cual murmullos de un mundo destellado.
Piamos dos o tres veces
hasta subir la altura al límite deseado:
ella no sabía que las alas
requerían más espacio.

VII

Cantarán las margaritas

¡Pero qué berridos de plumaje y letanía!
Estoy en letras, ¡qué asombro!
Un sol cobija el pulso de mi soplo.
Y aquel pájaro de las margaritas
ya se mira en las décimas
con un gorjeo que la abejas pican.
Por el néctar dulce de su pecho

cantará un corazón frutal
segregando mielecilla,
y en su aliento habrá una pena de aguijón
para cantarle al crepúsculo
que aclara y anochece cada día.
El canto que emite
atraerá a la luna
para chupar la mielecilla.
¿Serán sonetos o letrillas
las que alumbran esa golosina?

VIII

Alas de los versos

Subo sin límites, sin alas,
donde los bordes se doblegan,
donde las cimas empequeñecen
sus picos y vertientes,
más allá de la altura imprevisible
o los linderos que fabrican
con sus cercas las rutas ascendentes
hacia la absoluta libertad del tiempo,
hacia la sola salvedad de saberse uno mismo.

¡Oh cálamos del verso columpiándose
en las constelaciones multitudinarias,
o en los arcos puros de los navegantes seres
que el espacio desprendiera de sus inmortales soles!
¡Oh letras de los astros que destellan
para ofrendar la luz al vuelo
y a la semilla regalarle el éxtasis
de ver el fruto columpiándose en sus ramas!

Sigmas de las columnas
que con sus grafos heredaron
la sideral memoria
para perdurar entre mayúsculas
en los ancestrales alfabetos:
voy hacia las gredas
donde el viaje llama al aroma
o al aserrín desde su propia cueva,
donde el Coatzacoalcos florece
sus extensos brazos

para regalar piedras de quetzales y tapires.
Sobre el corazón que vuela
(ancha letra desprendida),
mi cabellera se hace lacia de veredas y andadores,
y se posa en las candelas de las coplas y sentinas.

Bordes de la mira
apuntalando al todo y a los claros,
como si el amarillo fuera su corazón
y su seducción volcánica,
o la misma oscuridad de la tierra
en la palpación de sus veneros;
como si sus manos, colgadas de los cipreses y abismos
o de los pétalos nacidos de la divinidad
de los colores en sus marmóreos capullos agostados,
crecieran desde lo más hondo de la vida.
Díganme: ¿qué pájaro fui?,
¿qué parte del arbusto y de la greda?,
¿qué mímica de los sonidos?
¿qué número entre las sumas
que contaron la fragancia y la pureza?
¿qué hombre entre los hombres
y qué individuo fui entre ustedes?

No soy yo el poeta de las aves,
ni de los arrullos,
ni de las partículas de luna alumbrada,
ni de la flor que al pétalo le hablara
cuando en la superficie de los sueños ya volaba,
o navegaba en tantos mares,
o sobre la magnitud de piedras colosales.
Pero vengo a hacerme parte,
apuntando y anotando,
escribiendo los preclaros
en un telar de cien palabras,
de mil noches con su espuma abrazada,
de mil calandrias palpitadas,
de mil niños balbuceando.

Déjenme mostrarles:
éste es el corazón,
y voy sintiendo... y va volando...
hacia el mar, ¡lo sé!...
hacia la costa descubierta,
hacia la vida... escalando,
hacia la hechura de lo humano.

Voy a escribir el acero y el cobre ardiente
a que temple la herida de mi mano,
a apuntalar mi aorta con la viga
de un socavón que vio su joya
brotando de aquel barro,
de un ónix nuevo que, aún negro,
escuchóle palpitando.

Éste es el corazón...
Hacia el mar, ¡lo sé!...
como un poeta de agua y sal,
como un bergantín que azul se va,
como una aurora que en la cresta sale a pescar,
como un jazmín de anzuelo para versar.

¡Hacia el mar... hacia el mar!
¡Éste es el corazón!...
¡Lo sé!

IX

Grafía

Vino el sol, ¡lo sabes!,
y vino repartiendo estrellas
al sentarse.
Plasmaba sus bengalas
en la tinta que estallaban
de amarillo y sin mojarse.
Eran letras notables
que asomaban su júbilo
de texto en pleitesía,
como si el prólogo supiera
de la alcurnia de su pluma.

¿Eres el sol? –le dije.
Y firmó uno de sus rayos
dejando cristales
en una gama de terrena alegría.

X

Seducción del verso

¡Aquiétate,
que me excitas el estribo de la lengua
y el soplido palpitante de la boca,
como si mi mano fuera a acalorarse
en la primera letra de tu estrofa!

¡Ah... vienes de ángel
zarandeando mi lenguaje
y orquestando métrica
en un compás de impar revuelo!

¡Agítate, entonces,
y que sea yo el término de un diptongo
o un terceto
que rima en la yugular de mi venero!

Cuando seas manantial de agua
y yacimiento de mis quieros,
hablaré de ti, y por todos lados,
como el elixir manifiesto de mis sueños.

¿Soñamos?

XI

Metáfora del día

En mi mano tengo un día.
Os lo presento.
Guarda en sí la hora
cual tuviese marcapasos
de hasta luego y hasta adioses...
Prematuro es en su buen comienzo y buenas noches.
Y no hagan ceños, que es sonámbulo de noche
y desatento en los bisiestos.
Lo que no entiendo es cómo fue
que nació tan morenito.
¿Habrá sido algún entuerto entre Gea
y la Vía Láctea?
Por lo pronto, denle luz
y que el sol le reconozca
su paterna filiación.

XII

Imágenes del verso

¿Y si fuéramos todos arco iris,
tendríamos el mismo resplandor,
los mismos tonos de colores,
las mismas curvas ascendiendo,
iguales gnomos custodiando
tesoros subterráneos?

¡Pido ser primero!
¡Y pido ser la hoja y el tintero!
Que la pluma vaya
subiendo, subiendo, subiendo,
hasta la altura máxima,
y preguntarle:
¿eres tú, mujer, o es el viento?
Y si me sopla, sabré
que es ella misma
y su cuerpo húmedo de cielo.
¡Qué más da si el arco iris
es igual al mil rimeró!

¡Pido ser primero!
Y pido un cabello solitario,
un cabello que en su ceño
estabilice mi vuelo en movimiento,
porque: ¡qué lindas son sus lunas!,
¡qué bellos son sus arcos!,
¡qué hermoso es su tejado!,
¡qué exquisita es su terraza!
Le haría una ventanita
a que la suba, suba, suba,
con un arco iris de señuelo.
Platicarle que el diseño es triangulado,
que el color es singular y no mundano,
que tiene una vista imperceptible
y en el fondo guarda un cofre
con el secreto más humano:
el hambre y las costillas de mi beso
para verle yo primero.

XIII

Metonimia

Tengo un ángel.
Pero es singular:
ni alas, ni bata blanca tiene.
Es más, se derrite ante la altura.
Su inverosímil porte lleva sedas
que su cintura le sostienen.
Dos guisantes son sus brazos
y su estatura es igual
al más o menos algo así.
También me dice que tiene un ángel: yo.
Compartimos las mismas señas
y el mismo torso abrumado.
¿Pecas? –me pregunta.
Seguido –le respondo.
Y una pícara sonrisa escapa
de su universo almendrado.
¿Y te gusta?...
Mucho –le contesto.
Entonces acomoda su almohada
y se acurruca a mi lado.

XIV

El amor a la palabra

Parafraseo el mundo
y me arrancas una letra y un suspiro.
Deletreo impávidas vocales
y me revuelcas en el sol al antojo de tus iris.
¡Ah!, muñeca de alfabética belleza,
orbitas mis palabras
en una conjugación de amor y atadura.

Como si tu mirada atrajera
la confabulación de todas las estelas,
ahí, por donde se derrama el mar
y acuña tu cintura en el verbo de mi boca,
brota la oración del fino canto
en el tesoro esmerado de tu acento:
eres la sílaba gloriosa y exquisita,
el paladar genuino que se forja
en la enumerada cuantía de las voces.

¡Ah!, mi lengua sabe a ti
y en su dicción te nombra:
niña de mi alma,
eres la vocal de amor de mi palabra.

XV

Relámpago de luces

Vendrás, como siempre,
cabalgando en el estertor del sol,
en su último rayo de la tarde.
Me dirás que escurriste, en agua,
la asfixia de Medusa
o los tentáculos de Equidna,
mientras barrías la rabia en Hade
por las tres cabezas degolladas.

¡Qué dolor! –gritarás hasta la muerte.
¡Que bramido ciego de cóccix y de sacro!
¡Qué alumbramiento de Tifón
con la pólvora de las Gorgonas!

Y tus muslos socavarán la tierra
al relámpago de un grito.
Tu vientre soplará como Éolo,
dominando el poder del nacimiento,
mientras tus ojos desorbitarán a Hidra
salpicándola en venganza.

¡Qué dolor! –maldecirás al parto en tu vientre.
¡Qué dolor!...
Y el primer relámpago asonará en el nuevo rostro
hasta mostrar las luces de su cuerpo.

Una vez nacido
lo levantarás en tu pecho,
y con el orgullo adherido a tus pulmones
lo clamarás como a un Dios
que engendraste en el Olimpo.

Y yo te miraré emocionado:
sonriendo... llorando... aplaudiendo...
con el niño entre tus brazos.

XVI

Infinitos

¡Ay los diminutos, los pequeños,
salpicaduras de figuras,
mínimos cuerpos esenciales
con sus maravillosas formas,
con sus orillas encriptadas de esperanza
uniéndose al todo,
a la cardinal materia de la vitalidad
y la neurálgica belleza!

Cada uno de sus cuerpos
ostentan el reposo
y el tenaz canto del idilio.

Así es como la luna es semilla.
Así el sol radiante en clavel devino.
¡Ay de los pequeños con su mar
en los bolsillos!
¡Ay de los chiquitos
con sus astros infinitos!

XVII

Esas alas

Yo pienso que algún día
iremos todos a los bordes
a hilarnos esas alas
en las cimas de los hombros.
Bajaremos a la tierra
con liras diminutas.
Y en un jardín naciente
se las prestaremos a las aves
para que remonten a los cielos
esos ángeles caídos,
por dormirse en los versos
y bailar en entresueños.

XVIII

Armonía en la palabra

Nada, tu corazón arrastra mis ojos
y los deshoja en torno a tu mirada.

Asciende al instante, amada,
en una claridad que desborde
el destello de tu imagen,
que nada pido,
sino la sílaba de un verso
deletreando un chasquido.

XIX

Anáfora repetida

Quiero encumbrar el cielo con un galope por latido.
Quiero subir tu tacto por encima de allá abajo.
Quiero abrir esas pupilas sin el precio de los ojos.
Quiero, sin olvido, unos dedos que intensos
memoricen los recodos de tu cuerpo.
Quiero asir la jornada en tu mirada
porque urgentemente me convocas a ganarla.
Quiero, así, sin ruido, acariciar el donde vayas,
el donde pases, el ahora vuelves o el te miro.
Quiero, sin límites, el yo te invado
y tú me invades en un verbo indistintivo.
Quiero acostarme de por vida en el tú eres
y empeñarlo plenamente a tu existencia.
Quiero, donde quieras que yo quiera,
un clamor de dos batallas
en laureles de coronas y en soplidos de alegría.
Quiero, si tú quieres, descubrir que hay triunfo
donde un no y un sí son réplica intuitiva
de dos seres volviéndose pareja.
Quiero, porque eres mi yo sonriente y alegre,
la tenaza de mi boca condensarse en tu boca.
Quiero, despacito, suavemente, con dulzura,
un beso en la palabra,
porque expresas el te quiero
con la elocuencia y garbo que hacen enredarme
libremente en el bias de tu figura.

XX

Luz de la palabra

A veces, y no siempre,
hay una palabra que baja a mi almohada
y me sube, transparente,
a la cima de la luz
para deletrearla
en el cielo de mi alma.

XXI

Aquí nació el corazón

¡Éste es el mar!
Aquí nació el corazón entre glosas y arrozales:
sus aguas rojas, sus mieles ávidas de laxitudes,
sus barcas parecidas a bravíos colmenares,
la mancha de sus olas expulsándose hacia el aire.

Venid a su puerta de poniente,
al cañaveral blanco de la vida
en un caudal de sueños aprestados
hacia el viaje de conquistas.

Cormoranes todos:
aquí el cuerpo se derrama en viento y vuelo
a los confines inconclusos de la tierra;
aquí nos hicimos agua y nos bebimos a la noche entera.
La turbia brújula marcó su ruta
y nuestras manos, la dirección correcta.

Alzad sobre los ojos
la vestimenta azulina,
el brebaje del paisaje,
y decidle al corazón:
¡Yo soy su navegante!

XXII

Alegría en tres maneras

Brincarás en la sonrisa,
en tres gotas,
de tres lindas maneras.

Yo atraparé la lluvia
en el corredor del pecho,
junto a los libretos de guitarras,
sobre el arco iris violáceo de los ojos.
Y le llamaremos:
alegría... yo a ti, de tres lindas maneras.

XXIII

Mi gorrión

¡Ah, te vas!...
¡Pero volverás hecho un gazapo cadavérico
de horrendos huesos y carcomidas carnes,
cercenado de ti mismo y obtuso de fulgor y simpatía!

Dirás que es devoción la tuya.
Hablarás de fervor y frenesí al tiempo,
de tu predilección típica y singular como ninguna.
Te veré partir a lo más remoto
y al sínfin, garigoleando los entornos.

Pero cuando vuelvas,
te recibiré en mi mano,
a que poses tus patas en mi dedo
y me cuentes de tu vuelo hasta el cansancio.

Te escucharé absorto y encantado,
con la emoción silvestre de los sueños.
Entenderé tu trino como el soplo de un latido.
Y en un descuido, te pediré las alas
para ponerlas en mis hombros.
Y ascenderé a las cimas,
aletearé contigo...
abriré la boca para beberme el firmamento.

XXIV

Manantial de luces

En la matriz cabe la bóveda del universo.
Un molde de ojos dibujará
la cueva en que dormita,
y la vertical del cuerpo, toda vez encinta,
amamantará al óvulo como un sol que resucita
en su carrera hacia la vida.

Su madre le llamará: ¡mi niño!...
Ofrecerá su pecho, doblemente,
de las lunas de su dicha.
¡Mi niño!...
Y le acercará su boca
al manantial de besos y de aroma
que brota de su bruma.

Cuando el universo expanda,
llevará la leche en una apología.
Y en el estertor oscuro
sonreirá la luz conglomerada:
¡mi niño!... ¡mi niño!...
en un eco de estrellas engendradas,
mientras la madre susurra su ternura:
¡mi niño!...
en un manantial de luces
que nunca se termina.

XXV

Luna que amamantara

Pecho de nada hecho de trizas,
hecho de mama, hecho de estambre;
mama que se derrama
en el calostro que liba el niño
cuando un torrente su sed amansa.

Rosa y pezón dando la cara
al niño que amamantara.
Y el rostro: un churumbel
que se entreteje al caudal de leche
mientras succiona su vida y sopla.

Tómate el zumo, niño, color de madre.
Chupa la carne lechosa y clara:
dulce que crece como la noche
cuando la hogaza azul sale y te prende.
Duerme en el lecho níveo de anhelos,
níveo de sueños, níveo de madre,
y deja tu boca de lunas llene.

Sobre el pecho se alumbra el alba
y sobre el alba el pecho aluza:
le llama tarde, le llama sangre,
le llama estero que besa el hambre.

Híncate, niño, sobre el venero:
pezón de rosas fragua tu boca.
Lléname el labio de un nuevo seno:
de nada hecho, de nada urdido;
sólo en tu boca llena el vacío.

Pon en el pecho el color de niño.
Ábrele arrojito que mane cauce.
Saca la luna en un chirrido
para mostrarle el sabor a trino.

Sorbe, chiquillo, el cielo
que no ha nacido.
Sorbe la luna que abrupta baja,
que lleva agua ardiente sobre la mama
y una ilusión de cara al siglo.

De cara al siglo y todo desnudo,
que de repente, carita de hambre,
se abre este mundo manando leche.

XXVI

Pájaro de la mañana

Sube el verderón a su aposento
y me subo a su ala recostado,
como si fuese una abubilla anaranjada
o un mochuelo cimarrón
que su libertad desespereza.

En los paisajes del ave que se entrega

me veo correspondido:
voy tocando sus miradas
de maquinistas de los cielos,
sus erguidas imágenes
que van comunicando sus quehaceres
de hemisferio y de corales,
sus atemperadas sílabas
que cabalgan permanentes
en los cantos de jazmines,
en los versos embriagantes
que las vocales van silbando
entre asonantes y pareados.

Soy todo perdiz, todo mirlo,
rabilargo de pico y sin tatuaje,
ruiseñor de uñas atrapado.
Y canto, no se a qué mañana,
a qué árbol redimiendo,
a qué posible vuelo
y en qué dirección perpetua.
Así la palabra existe
y se me va en el verso:
trinándola y tejiéndola,
asimilándola en silencio,
copiándola del bosque
o del centinela que rasgó la tierra
porque miró libres sus manos
y la vista liberó a los cielos.

¿Cómo decirles de la altura y la certeza,
de la madrugada que avista polen y cebada,
de los gritos de los mares a la tierra,
del pan que soplan los plumajes
y la geografía que llueve en las ventanas?

Profeso la vida y la madera
en que las aves sus nidos aposentan.
Vuelo al amor, a su cordial entrega,
a su extendido diploma de avecilla,
a su copete o cresta de gracia o enigma,
porque del amor se vuelan, hasta arriba,
mis ojos y mis manos,
como un jilguero
con su flautín de plata.

XXV

Sentimientos

Me han dicho que algunas veces
del cielo baja, y transparente,
una forma de sentir
que se posa inadvertida
en el umbral de las fervores,
y nos abre las pasiones
que se vuelcan a las cimas,
y golpea nuestros pechos
como cortezas desnudas,
recibiendo la resina
de un cúmulo de sentimientos.

Algunas veces, algo así,
nos late en segundos,
y en su transparencia marca
el retazo de un pasado
o el dibujo de un sueño
que un suspiro recoge para hablarlo,
mitigarlo o animarlo.

Yo sé que hay algo así,
que nace y vive o muere
en los rincones inmensos
donde nadie adentro se asoma...
Y a veces el pecho los palpita transparente.

XXVI

Cuatro claveles

De todas las partes, de todas las formas,
me desnudas con cuatro claveles,
para ir a buscarte, para precisarte,
para desmenuzarme entre cañaverales.

Con cuatro claveles, de cuatro aluviones,
te prendes del aire y le das rodamiento,
le das ese toque de azar provinciano
como de viento enamorando al enebro.

Y te llamo y te quiero con cuatro claveles,

con cuatro celestes rodajas de cielo,
con cuatro abanicos prendidos de un velo,
con cuatro ornamentas azuladas de quieros.

Para que me mires de cualquier manera,
en todas las sombras que sienten y afloran,
desde la ternura provoco un acierto
y enciendo claveles de tul que en tus ojos libero.

Porque tú me recubres con cuatro claveles,
porque tú pacificas lo duro del tiempo,
desnudas y callas silencios que portan un yerro,
agrandas las manos al clamor de mi cielo.

Así vuelvo a ti e incito un momento:
cuatro miradas, cuatro caricias,
cuatro claveles vueltos destellos,
y los cuatro fulguran: te amo... te quiero.

XXVII

Copo de nieve

¡A todas direcciones!
Sin sur, sin punta norte, sin puesta de horizonte;
cubiertos de blancura y de instantes;
hallándonos avvicinados, congeñados aun en las carencias:
Tú y yo, mi cirio y mi pabilo,
mi dirección náutica de azules,
pan de polvos y de harinas
que engulle rutas de los vientos.

Cuando el sol brote en nuestros hombros
y el diseño de la nada en nuestra espalda se improvise,
indómitos iremos a los picos.
Y nuestros brazos oceánicos y extensos
sacarán sus cimitarras afiladas,
pletóricas de sencillez y tacto,
para sacudir el quebranto inadmisibile
y dar curso veraz al incógnito camino.

Nos conocerán por nuestra hazaña:
¡Jamás siendo sometidos!
Veremos victoriosos las cimas y las cumbres,
la altura en plena holgura.

Y sabrán que nadie puedo, ni la muerte misma,
ni la fragilidad,
ni la última caída,
ponernos de rodillas.

XXVIII

Paisajista

Esa tarde, ya inspirado,
me puse a falsificar el cielo.
Extiende tus brazos, mujer –le dije.
Y le pinté dos nubes, tres calandrias y un paisaje.
Al mirarlos se sonrió.

Extasiado, exclamé:
¡Ya es primavera!

Entonces, soltó su cabellera,
encendió el sol
y se escapó volando.

LA VIDA

I

Revelación

En ese anuncio de que venía la vida,
en la matriz mezclaron aves y cervatos.
Al plenilunio se encendió la entraña
y una estrella sopló su cabellera.
Universos de cometas
contuvieron soplo y vidrio de centellas.
Y la luz devino en un triple terrón de azúcar,
un níscolo rojo amarillento
sacudiendo blancas hojas
contenidas en una pared de vientre y arrebató.
El cuerpo fue un papiro
firmado en dulce llanto.

II

La vida

Como si nada...
Vio luz, olor a universo
volcándose en una ceremonia.
¡Qué grito de mi madre!:
tregua de un vientre en leche
y el pecho rebozante hacia su diente.
Era la señal del alba
y la matriz desovando el augurio de combate,
las pupilas abiertas,
el berrido de un corazón cuando ensaya
el primer latido que dimana.

¡Cómo no amarle si la tengo en las entrañas!
¡Cómo no invocarla, pedacito inaugural,
criatura hermosa, lis escapada del centro de mi boca!
Traes las lunas en el verbo de mi espalda
y la mordedura de un sueño
que un ángel te obsequiara.

Soy tuyo, y me aprietas
como una hembra a su varón en su pechera,
como si fuera yo
el testimonio de las costillas de la tierra.
Me cuelgo a ti, a tus senos, día a día,
en una escala intensa que suena a marejada,

a esa artillería de frenética asonada.

Sin que más nadie,
yo soy el grito de mi madre
y el asombro de un buque
que aún navega por mi espalda.

III

Acogida

¡Qué extraño es el hombre!
Ese homínido humanoide humano...
¿Será que al tercer grito del parto
una matriz de lámparas y ríos
fluye a cántaros en el umbilical cordón
de tronco, manos, pies y vientre?

¡Al nacer, démosle nalgadas!
Y dicen que es
una especie lacrimógena
en su láctea vida de eterno firmamento.
Como para desampararle,
nace el hombre con su pócima de golpes.

¡Qué extraño es el hombre!

IV

Entra, vida...

En el sitio de ti misma te metiste:
carmín de jugo a dos brazos,
pedacito de cabello y de pulmones.
Mira que morder sin dientes
el armiño de tu ángel
hizo amotinarse al corazón en madruguete.
Entra, pues, a dar dictados,
que mis manos llevan ángeles blindados
y una irresistible tentación
de hacer verano.

V

Al noveno

No hubo nunca allá más nada,
mas que mi especie de humo
en un carmín de leche que cabalga.
Jamás lo dije antes: la ternura fue su carne
y un templo de mujer que dio a luz al viento
en un grito de barco y de campana,
mientras latía la amapola
su cántaro de sueños en su vientre.

Pulsó su grito al siglo de los meses.
Cada uno fue más fuerte, hasta el noveno.
Cada uno fueron dardos, y el noveno.
Me presentó: migaja de pan,
poliedro y una sonrisa de ciruelo... al noveno.

¡Qué anticipada seda de palomas!
La vida era un vuelo
y la infancia un estreno.
¿Sabrá mi madre
que hay canoas en mi vuelo?

VI

Se me dio la vida

¡Alumbró!
Quédate ahí, le dije.
Una premura de anís y soya
corrió vertiginosa entre la aurícula
y el occipital de mi supervivencia.
¿En qué vigor de mí entraste?
¿En qué ánimo te enclavaste?
¿Y la robustez de arranque
era infinitamente igual a tu viveza?
Yo que me incinero el corazón
entre latidos
para ahogarme de sueños
en los sedosos hombros de los cielos,
vine de brazos abierto y acogido
por el embate de la dicha
en el eslabón de la turquesa,
de ojos abiertos, como fierecilla

sin dentadura y sin zapatos.
¡Qué virtud de besos
corrían por la vida!
¡Qué augurios de alumbrado
de la luna
se incrustaban en mi frente!
¡Qué milagro
de pájaro hilvanado en mi mejilla!
Quédate ahí, le dije.
Y un amoroso tropel de caballitos
se subió al carrusel de mi alma
para latir los días.

VII

De repente

Abrí los ojos de repente
y me escogieron.
Tú eres tú, dijo el galeno.
Así de ríspido y tajante.
Cual del mundo se escogiera
un estambre... y dos orejas;
un pescuezo en fibra y arrachera... y dos orejas.

Era yo... y dos orejas.
De igual forma que Cervantes
distinguió al caballero del sirviente
con la finura de su equino.
Y no fue el lomo, ni el muslo,
ni el flanco o la cadera,
sino la envergadura de la oreja.

Tú eres tú, vaso de copa,
y el labio fuese el viento
con lunares y melena.
¡Qué cabello de hondonadas se me han vuelto!
Era yo en el pezón que a borbotones succionaba,
el ferretero aquel de primaveras,
residente que al tiempo le asaltaba.

Así vine a quedarme:
aún morado de las venas,
aún más morado de paños y de marchas;
húmedo, aún, de un cuerpo de agua y reventado.

¡Ay mujer del péndulo y el hambre doble
de mirlos en tu panza!

De repente abrí los ojos
y vislumbré el mundo:
dos mantas de pujanza,
dos miradas encintas de mujer y ceño,
dos brazos descargados de matriz y velas,
dos linajes de torsos circulares.
Era ella... Era yo... Y dos orejas.

Tú eres tú... dijo mi madre.
Y un pezón de nube y cielo
ancló el alba en el vacío de mi hambre.

VIII

Infancia

¡Qué menesteres de trino y agasajo!
¡Qué nubes de gárgolas bailando por los pies!
¡Qué síncope de risas aleatorias!
¡Qué olor a nido sembrado en la tez!
¡Qué humor a guiño y qué abonado crepúsculo
orbitando la arena y la piel!

Vámonos de luna, brincando el amanecer.
Vámonos de niños, revoloteando en la pared.
Vámonos de azúcar, embarrando sol, Saturno y un laurel.
Vámonos de larvas, como un pez en carrusel.

IX

Caracola

A mi caracola roja, submarina,
de cristal alentador,
sed que tengo y vuelo
a mi submarino niño,
voy de barca en barca,
voy paloma en brincos,
a la hora hora,
a la cumbre alta,
con el cuerpo lleno

de una tinta blanca
y el trigal de asombro
del planeta niño.

X

Ardió la vida

¡Ardió la vida!
Su cuello teje un Miramar de historia tibia.
Su frente pájaro es otra argucia:
salamero golondrina, picador,
familiar de libre espina.
¡Anda y vive!
Arremolina por sus manos esa capa de:
algún día, alguna hora, alguna tarde...
Y, ¡ya camina!
Correteo sorgo y pollo para el vientre
que, en su angustia, le protesta.
Es un cúmulo de tiempo lo que al paso se desliza.
Y ese torso: suero, entraña, depósito de muecas
y nubes diamantinas conociendo el secreto
de su talle, dictamina.

¡Ardió la vida!
Y la quiero atada del pescuezo a mi pescuezo,
del cogote a mi cogote,
en un amarre cervical de triple nudo,
de espalda a mi figura en una alianza
que perdure.
En caso que perezca,
morderé su greña, punto y coma, a que reanime.

XI

Cuando te siento

Cuando te siento
eres como una abeja en obra picándome la corva de las ganas,
una franela de mil ristras cobijándome los sueños,
una gota de agua ambulante saciándome las venas,
un batallón de mil gladiolos alentados al combate,
una boca abierta esperando a tu boca (amada mía),
una red de mil miradas impulsivas y atronadas,

un cincel de manos suaves,
un tejido hecho de aplausos,
el más terso azul delirio,
el marrón niño sonriendo,
la sutil casaca del relámpago amarillo.

Cuando yo te siento, vida,
mi corazón preña un latido.

XII

Juventud

Humea el pan su olor en un licor de brío.
Sobre la espalda se desmenuza,
como un caballo brioso,
su intocada sombra.
Potencia, dice su umbría;
arranque, clama su entraña.
Y de un solo brinco
salta su ángel con fiera zarpa:
piedra soy, piedra seré de largo alcance;
estoy de pie, levanto el mar con mi bandera.
Y tira el ancla hacia la bruma,
como los tigres cazando
su diario cielo.

XIII

Juvenil revoloteo

El corazón se me ha vuelto pájaro.
Como un quetzal se ha desprendido.
Revolotea su rojo pecho como un aliño.
¿Será, acaso, un pulso que con su golpe
expande el sentimiento del latido?
Ahora viajo en la alquimia de mis deseos.
Voy a crecer como eslabón fugaz del viento
a donde quiera el ala.
El universo acoge mi dulce trino.
¿Será que la juventud lleva las plumas
en la estatura de la pujanza?
Y mientras late, bóveda abierta,
el cosmos pinto con un silbido

XIV

Osadía

¡Qué hago aquí sentado, esperándote,
cruzándome de ojos,
de tertulias marquesinas
que me taladran el lumbago
más allá del lumbar esquizofrénico!

¡Qué hago tieso de argucias,
si mi prisa tiene urgencia de una diligencia
de burlesco desatino!

Prepárate a morder el labio,
a trinchar el gesto,
a soplar aullidos,
a gemir vocablos,
a hundir los dedos
en el más carnal de los respiros,
a volcarte en cuatro patas,
en cuatro piernas,
en cuatro sombras
restregándote entre lirios,
que hoy te llevo, vida,
interpelando mi presencia.

XV

Mi reino es de este mundo

Mi reino es de este mundo.
Mujer, varón: de panza juntos.
Los lirios se abren a la par de los chasquidos.
Las flores de la tierra no incriminan
los sabores de un labio que se abre
a flor de vida.

Amada, cuando tú dejes a la muerte olvidada
y mi demora hacia tus labios,
cárdenos de luz, flotillas de mis dedos,
incriminen la tibia marejada de mi lengua,
brincaremos entonces sometiendo a la vida
en un columpio de espumas y de besos.
Y, de rodillas,
armaremos la criatura en el vientre
de unos ojos que cruzamos sonrientes.

XVI

Plenitud

Te voy a arrinconar,
besarte todo el cuello,
tocarte fabulosa y desvestirte la silueta.
Atracarte todo el pecho
con el suave tintineo
que baja galopante a los extremos de tu cuerpo.

Y cuando estés desnuda, vida,
me atardeceré en plena alegría.

XVII

Te pareces a la vida

Te pareces a la vida, amada,
en actitud de entrega y desposada.
Y yo recorro un viento,
día a día, de la ventana
que baja por tu cuerpo
y muere en ti en la alborada.
Dos besos de mi alma
resucitan tu vientre
y tus ojos se levantan.
Así tu corazón devuelve la piedad
en un perfume que es pleno cautiverio.
Y los dos, desnudos,
olvidamos el cuerpo
en un nuevo alumbramiento.

XVIII

La tarde por tus ojos

Evoco el mar que cruza por tus ojos.
El viento estrella su cíclope navío.
Aquí, sentado, miro la tarde acogiendo,
remotamente, sus copas de rocío.
Igual que los racimos, suenan los frutos
sus amorosos besos que comparten

refulgentes a los picos de las aves.

Prendes, amada, en la flor acantilada.
De copa en copa bebo tus iris maniatados
para arrancarte el sabor de arrecife.
Tú, beso de nieve y de anillo,
vuelo de la espora que emigra
y vuelve a beberse en la copa;
vaso de ultramar y cielo
que preña cada copo y cada arena,
o cada gota de jugo que golpea
hasta despellejar los labios cuando besan.
¡Ah, niña que canta y duerme
en la ermita de mi alma!
Mis ojos bañan tu misterio
en esta tarde en que te escribo.

Todo el deseo eres tú, y aún tu espalda.
Todas las perdices, y aún tus senos.
Todas las cordilleras, y aún tus labios.
El beso vuelca su cárdeno apetito
en tu cintura y tu alegre cabellera.

Eres igual a mi palabra y tan distinta.
¡Ah! mujer del tálamo silvestre,
en tu tez de lino se mide el regocijo
y el cuello azul del horizonte.

Así sorbo la tarde cuando bebo:
todo eres tú... Y el cielo, de repente.

XIX

Hazte presente, vida...

Hazte presente, seductora mía,
hechicera atractiva y apetitosa.
Embriágame en tu turbia marejada,
en tu copa de tiempo y avanzada,
con tu lengua rebelde,
con tu dicha que loca me arrebató.
Hazme girar tornándome en jilguero.
Hazme vibrar como un tornado
devorando el aguacero.
Ponme en tus labios y veme conquistando.

Descubre tu torso a que cautive
mis celos de hombre y mi coraje.
Árdeme en ti como si fuera el soplo de tu boca.
Aviéntate a mi cuello, a mi cuerpo desvariado.
Hazme el sol de tus destellos
en el relámpago de hambre y de deseo.
Invítame a tu cautivante entrepierna
que blande el pulso de existencia.
Déjame sentirme el arrojado y el temple de la era.

XX

Te conjuro, vida...

Estoy jurando ser tu doble.
Al menos la faringe permitida en la garganta
o la carne de mi abdomen en tregua con la estima.
Yo te convoco, vida,
a ser caudillo de mi frágil osamenta,
Capitana de mis largos, troquelados nervios;
a sacudir mis ojos de viajes a la nada.
Entenderás que es plácido llevarte
en mis marañas sin otra excusa
que la que el encéfalo pretenda.
Ábrete, entonces, bandolera,
a mi espalda y mi cadera.
Róbame este pecho para que sea tu favorito.
Muérdeme las ganas
de ser mañana y otro día,
y otro más por si hace falta.
Ánclate en mí, filibustera,
rueca hilándome el alma,
para tejerte de párpados graneados
y abrir los ojos siempre entusiasmados.

XXI

Fascinación

La vida es una deflagración
que estalla en violáceo colorido.
Sincérate, pues, orquídea, por los labios,
en dos besos, en dos aretes,
en un estreno de caireles,

con tu azul acuático de ojos,
con tu ineludible laxitud de amante.
Hablémonos de tú a tú
en el desmayo de emociones.
Sintámonos a gusto,
encantándonos,
llenos de asombro y de goce,
sonoramente alterados
y encendidos por la lluvia de las manos.

XXII

Despiértate arrojado

Mi extensa colección de ganas
vibra exaltada en mi cuerpo.
¡Fiebre! -ha de decir mi piel a su tobillo.
Y se suscita en mí un paraíso,
un pródigo delirio que mueve
equis parte de mi sustantivo.
¿Adjetivaré, por eso, la anunciación del verbo
en la punta de mi lengua
para darle más fervor
a mi loco desatino?
Despiértate, arrojado,
que llevo vuelo
y un sueño en el guiño.

XXIII

Levántate y camina

¡Qué beldad de beso
estremecido en el mirlo de una boca!
Levántate y anda, vida.
Corretéale sin misericordia
hasta agotarle su omnipotencia
y restregarlo de frente en mi boca
sin que me defienda
o interceda por mí la tal cautela.
Antes de que el universo cante,
caerá la hoguera de la tierra
en los brazos de la noche.

Y cuando esté en mi boca,
¡levántate, vida!,
resucitará mi lengua en su dama florecida.

XXIV

Atardeceres de la vida

Mi pecho es un violín corvo y palpitante.
Por esta avenida de la vida toco.
Sus cuerdas de octubre pestañean azules poderosos.

Soy el portavoz, no de sus cuerdas,
ni de sus melódicas tonadas,
ni de sus magnánimas corcheas,
sino de su temblorosa madera fibrosa
que atesora raíces y ramas milenarias
junto a las hebras del tiempo,
del barniz ancestral, del caucho arcaico e inmemorial;
voy labrado en los silencios del invierno
y en los colegios silvestres de la tundra
donde al otoño otorgaron sus domingos
con cátedras de piedras coloridas,
de aves risueñas, de arbustos llenos
de cristalina sombra,
de móviles linajes nacidos
de la inocencia de las tierras
y de la levadura del rocío.

Ven a mí, al alba, violín,
al ropaje, a la caña que brota de mi pecho,
a la zarza expandiéndose cual poros
en los tejidos escalares que me cubren,
día y noche como pulpa
o como zumo extraído con la lengua,
a este racial verde ramaje que me envuelve
y me recubre la sangre
y las húmedas ventanas,
respirando estímulos, salitre de los labios,
dulzura de los vientos.

Mi pecho es un violín de greda y tronco.

XXV

El abuelo Salvador

A mi abuelo, in memoriam...

“Debe existir un camino...”

José Acosta

Su silencio era la cerca de un molino
cuando aquella lanza perforó un aspa
y las letras galopaban en sus ojos
hasta que, ya cansado,
ponía su música y seguía las travesías
en la pasta misma de su libro.

Nadie le vio morir.
En su mecedora verde se sentaba
para tararear el siglo
y hurgar las páginas secretas
que de su biblioteca brotaban cual racimos.

En sus manos, el tornillo viejo y oxidado
era pieza clave, y le pulía.
Después le guardaba en una caja
que el mismo etiquetaba.
Así llenó su mar, así fincó de tálamos y argucias
lo largo de su vida.
“Oye, hijo –me dijo un día-,
ponle a esta caja una etiqueta
y llévala a la biblioteca”...
Y me metió a un cuarto de luz y fantasías
donde las paredes eran sauces y veredas;
donde cada rama eran libros, leyendas,
pinales, abedules y miles de sorpresas.

“¿Qué, abuelo, puedo entrar al cuarto?”
-seguido le decía.

¡Era un mar de cisnes, de alondras,
de silvestres tundras, de incógnitas praderas!
Aun sin llaves, de la nada me escurría
para hojear esas centurias, que en sus libros,
como ortigas, se narraban;
para escurrirme también en sus cajitas
en las que bien cabía una pluma,
o una esperanza, o una pinza extravagante,

el espíritu de un portafolio,
la ilusión de un niño,
el mar vestido de bolígrafo
y sus olas de campanas,
el gorrión con su cresta de lis y matasellos,
o un recuerdo de un tintero
perdido en la memoria.

“¿Qué, abuelo, todavía se está meciendo?”
Nadie le vio morir.
En su mecedora abría su libro predilecto: El Quijote.
Decía que para dominar una lengua
había que leerlo...
Y siete veces, en siete lenguas,
se convirtió en barbero y fue molino.
“Qué, abuelo, ¿puedo mirar su libro?”
Yo le miré la pasta...
Él se quedó leyendo.

Nadie le vio morir...
Ni sus cajitas, ni sus tornillos,
ni sus paraguas de palos viejos,
ni sus martillos sobre las mesas
clavando nietos para quererlos.

¿Qué, abuelo, en qué capítulo, de aquel Manchego,
sobre la crin se fue leyendo?
¿En qué cajitas, parte por parte,
su mecedora la fue metiendo?
¿Qué, abuelo, en cuál de ellas se está meciendo
y cuál de ellas, un día, dijo,
la etiquetó para el silencio?

XXVI

Óbito

Rostro de la vida viva,
amanecer de la carne
en su espera definitiva.
Cuando tu enemiga
cruza el umbral
y sorprende, pinchando,
su afilada hoz:
flor de vida
del cuerpo que es vacía.

XXVII

Trance

El corazón late el reloj celeste:
cántaro de agua fluye,
vapor le corre.
En la resolana de la talle
su pulso expide.

La sístole del agua
al corazón le arde;
la diástole le sangra.

XXVIII

Después del tiempo

Yo te diré que sigue:
esos pájaros silbando,
ese color de flores que se adhiere a tu pecho,
esa lágrima rodando en tu rostro
que lo hace más bonito;
en medio de tus manos,
la frazada de un suspiro
y el instante mirando hacia adelante.
Un poco de ti en todo
y un mucho por abrirse.
Queda eso y la blandura
que emerge, tiempo a tiempo,
de dos manos que juntamos,
de una puerta contenida
en esos ojos que cruzamos.
Quedas tú...
y un lecho lleno de pájaros silbando.

XXIX

Remembranzas

No sueltes el violín, amada.
No sueltes el anillo, amor mío.
Hay dos lunas congregadas
en el vientre de un capullo.
El corazón, encinto,
es un estanque
con un torrente de alba
que no olvida su corriente.
No sueltes mi latido,
ni el cielo o su atavío,
ni el ala del arcángel
que en tu dedo viaja.
Por esas venas que te sangran
me sangra la garganta.
Por esa boca tuya
un cuerpo cruza y zarpa.
No sueltes la premura
ni el timbre que te llama,
ni la palabra muda
de la hoguera de mi alma.
No sueltes las vasijas
del polvo que mis labios
te soplaran.

XXX

Ausencia

Tú vas volando hacia el futuro,
levantando a los seres de las manos,
a los mismos pájaros de torre en torre,
al viento con sus ángeles plateados.
No hay muerte burda ni confusa.
Seguramente tú serás el nuevo mayo
y los nuevos madrigales
que nacen del cortejo.
Serás aquel idioma brotando del paisaje.
Yo te seguiré de cerca,
de viento,
soplando en una vela.

XXXI

Corazón libre

Vida, guarda mi hijo en la matriz
del tiempo y la victoria.

Deja mi corazón correr libre
como si todavía pulsara
en el agua y en la greda,
como si en la pala palpitara el polvo
de un cuerpo y su bramido.

Deja decirle hija a la tierra
y a las billones de piernas correteadas,
a todas las palomas, a cada una de ellas;
llamarles con el nombre de mi entraña
y besarles la frente, para que mi alma, excitada,
delate su nueva e invicta residencia.

Vengo a olvidar el ancho mar,
la tosca tierra, la volcánica atadura,
para salir a la interrogación
y afiliarme al ramaje del camino.
Por la voz fría de la espada y del relámpago,
¡oh despeñada y abrupta correría del hombre!,
la batalla de la lágrima y la sangre:
mi corazón es un pedazo de bronce construido.

Voy a cruzar mis brazos en tus brazos,
hijo del pueblo, hijo del hombre,
vestido de augurio y de semilla,
desenterrando el vuelo de un águila de acero,
palpitando sin castigo, sin herida,
adhiriendo el puño al surco de la tierra
para desafiar la prisionera hoguera de la mano.

Ábrete, mujer, que eres madre y río,
que eres el agua de la aurora infinita,
que naciste en el grano de la lámpara alumbrada,
que humeaste superficies con la incógnita de tu saliva
y la preñaste de rojos girasoles,
de verdes coliflores, de líricas bellezas;
ábrete a las costillas fidedignas de tu hijo.
Por tu herencia la rosa es el golpe del latido.

Tal vez no cederán los cóndores sus látigos enfurecidos.
Tal vez la oscura ráfaga del aire
no aluzará al ciervo en el duro ventisquero.
Tal vez el cuarzo no germinará su brillo en la zanja
si la espina es lodo y muestra reseca su cantera.
Mas allá del áspero reducto, más allá del yodo y los fusiles,
por encima del combate y de la púa,
sobre el vago intersticio de la nada,
viene a vivir el corazón libre y combativo.

Húndeme tus dedos, hijo, de montaña,
para maniobrar los míos en la altura.
Ofréceme tus ojos paralelos
para sentir las olvidadas alegrías
o los resquicios de una hazaña imperecedera.
Sea tu cuerpo el nuevo cuerpo de la tierra.
Tus brazos a mis brazos acojan
como la piedra hace al viejo
o la tierra recibiendo sus cenizas.
Lleva mi corazón al tuyo libre
en el más vertiginoso vuelo,
en la cimitarra rompiendo el cautiverio,
en la razón del fuego y a galope,
en el tizón de cobre, rojo y encendido,
en la granada de arrojo y valentía.
Con sus nuevas bocas endurecerán la mía
para que mi voz tilde sus vocales
con flechas y quetzales,
y en la frescura del crepúsculo
sea yo la sombra de sus pies
adentrándome en sus vidas.
Yo les llamaré: mis hijos.
Y por nombres: Fénix inmortales.

CASCADAS DE ALEGRÍA

I

Toda la alegría

Arcos brinqué en plena algarabía.
Del alba, su pulpa, su latitud y geografía.
Vino de mí, hacia mí corría.
Su intensa talle me movía
y un baile de fulgores arrancaba tálamos,
raíces perfumaba, anchas praderas
volvía en estampidas.

Desde el relámpago que bebe luz
y bebe los encajes de la estrella;
desde la nube carabela en los vientos
y las cumbres de gardenias:
sigue intacta, profunda, arrolladora;
es un hito de voz, ciudad despierta,
es una fauna que arrastra flor y sueña,
es el ceño que descansa en carcajada.

Toda la alegría, ¡y toda ensimismada!;
al orbe limpie sus manos maltratadas
y espose bocas con suaves risotadas.
Yo canto y voy bruñendo
lo que un alumbramiento:
los ojos que aplauden y el festejo pleno
que ríe, agasaja, que combita;
la hilaridad magnánima y constante,
el júbilo rotundo de un sí,
de una palabra que anima o tranquiliza;
cada exaltación que imprime
sus sellos en la boca y al labio escucha
en los sonidos más blancos que hay del alma.

Toda la alegría donde anduve,
vino hacia mí... en mí vivía.
Mi corazón rodó, mi alma entera,
como un terrón dulce y de crema:
invitando, compartiendo,
moviéndose en las manos sudorosas,
palmeando y alentado,
y más que nada, bordando en cada rostro
lo que el corazón latió con alborozo:
una sonrisa plena de alegría.

II

Claridad

Abro el sol.
Sin quererlo, construyo una incógnita,
el soplido estelar en la garganta.
Aún sin existir,
soy la apariencia de algo,
la presencia esencial de un tiempo
antes de la hora,
el refugio molecular de lo no nato.

Para existir me creo
en el cómo, en el por qué,
en la tilde primordial de la pregunta.
Descubro entonces la razón de un ente
que se bosqueja y que a la vez disfruta,
erradicando, así, la negación de lo absurdo
y del mismo protocolo hacia la vida.

Expando la razón al habla
en la catarsis más humana,
para que sus dos labios
afloren sus mil lenguas
y sus miles de cabezas.

Y en la más nítida y preclara
expresión del pensamiento,
con un sol de cuello, de cuerpo,
de respiro, pronuncio la expresión
máxima de la conciencia:
¡Buenos días, alegría!

III

La alegría

Nació.
Veló la primavera.
La mar abrió sus piernas
y el sol se puso a recibirla.
Rugiendo en cada ola,
así exhaló profundo cuando sintió venía.
Cada soplido era un relámpago
y un barco asomándose a mirarla.

El sol alumbró más fuerte
y hubo gacelas preparando mantas.
Retumbaba el vientre y las aguas se corrían
en una ceremonia que nunca acabaría.

Así se vino la carita...
Y la mar siguió pujando.
El sol extrajo el aire de todo el firmamento
y empujaba el vientre, extendiendo sal y brisa,
ayudando a recibirla.
Lo que los ojos vieron los muelles le aplaudieron.
Entonces todo el cuerpo se vino así brillando.
Y soltó su sonrisita.

IV

Donde ría

Si soy -mi extraño mar
habla por mí sin explicarlo-,
un día voy a nacer como una horquilla:
padre, madre, hijo de un jazmín desesperado,
para sujetarme el cabello con la rosa
de un lecho enamorado,
y que recorra, en ciernes, todas mis entrañas
o cada parte legible de mi pecho.

¡Ábrete, mar; ábrete riendo!
No hay otro yo sino sonriendo.

Urda mi pasión brazos y manos
y en el corazón los hilos de oro de mi abrigo.
Si soy riendo, soy.
Y me explico en lo intenso de los ojos,
en la red que se extiende con relieves a mi espalda
y es un éxtasis de vuelo desbocado.

Yo, de brazos cruzados:
hilando, rebobinando, zurciendo,
devanando; simplemente, sonrisas ovillando.
Y en la boca al mar, al mar,
con una hilaza de agua voy tejiendo.

V

Frenesí

Un punto.

Dibujo un punto.

No un lagrimal o un silencio indefinido;

un punto en sí y de ninguno,

el mismo al que nadie escapa

y es centro y vértice, punta y ápice,

la inmensidad ecuánime del eje.

Un punto fijo que orbita en su epicentro,

en su borde mismo, en su interior promedio,

equidistante a sus lindes y fronteras.

Dibujo un punto: un círculo relleno,
sin extramuros, ni perímetros calados,
y al que todo mundo pertenece.

Un punto adyacente en un área convergente.

Un punto que dirime espacio, esencia,
a su volumétrica manera

-esencial, por tanto, a la excepcionalidad que le perfila.

El punto sonrío. ¡Es todo!

Y le sonrío a otro punto, a otro rostro,

a otra imagen que concurre

-otra imagen que es un punto convergente.

Porque ambos puntos, y otros puntos,

crean un mundo de singular idiosincrasia.

¡Y es todo!

Dibujo un punto para que sonrío,
para que la singularidad le alcance a otro punto,
y sume y no divida.

Un punto en otro punto que se vuelve maravilla.

¡Y es todo!

Un punto en línea que sonrío...

Genero el mundo en líneas cóncavas, convexas,
plenas de alegría.

VI

Sucede que me viene

Arquirúfulis,
de los pies a la cabeza.
Acontece...
Sucede de los pájaros en la garganta,
de los asteriscos palomeando
ese tú del nosotros invocado.
¡Qué delirio de fonema y de yeguas galopando!
Me tiembla a contrapuestas
ese arrebató de costillas, de mueca,
de boca abierta hasta el geranio,
de cosquillas de ángel en las mías.
¡Qué delirio!... Arquirúfulis.

Hay un barco de rosas
y una marea de amapolas
en mi boca.
¡Y dando vueltas, dando,
dando vueltas!... ¡Qué sonrisa!
Así la animación me viene apostólica
para nunca resistirme,
y en mi corazón se impregna y articula.
A veces hay sinónimo de gala: alegría.
¡Qué alegría!

Me viene una arquirúfulis de pies,
de huesos, de esqueleto, de risa,
de carcajada, de hilaridad:
¡cumontuivialtabitilisauromero!

¡Qué alegría!

VII

Absoluta

Me suscribí a mi madre.
Ella se suscribió a mí.
Después conocí una mujer:
era marrón, matiz, arteria fluorescente.
Un día se subió a una rama y gorjeó.
Así me vino tocando el corazón
y fue transformándolo en un piélagos

de dicha y gozo.

Sus ojos grandes y sonoros
bailaban en la silvestre vaina
y en el néctar del durazno.
Ella se registró en la vida;
yo me rubiqué a su vientre y sus pupilas.

No volví a escribir,
sólo detallé en el papiro lo que era ella:
¡La alegría perfecta!

VIII

Alegre

Soy.
Aquí estoy.
Para mis ojos una excusa,
un personal atuendo.
Soy mi ticket de ida y vuelta,
un recorrido a un muy lejos,
a un muy cerca.

Sonriente en mi farol, en mi lámpara,
en mi cristal de luz y calle.
Me cierro de ojos y de libros:
acaso soy su pasta y glosa manuscrita,
breviario de un acecho,
de un palpar contento.
Mi presencia rota entre ausencias y exigencias,
y a todas, sin culto, unifica.
Mi historia va de ganas a carruajes
que aventajan a mis pies cuando se cansan.

Aquí mismo soy.
Desde el punto fijo, un sitio
de pies que alguien me pisa,
porque se alza a escalarme
en una simetría que me sobrepasa;
de unas manos que me mueven
llevándome a su borde y sus caderas;
a unas manos que maniobran
los huracanes que mis yemas le fabrican.
Mi altura es la marca estricta de sus cejas.

Soy, amor, para mis ojos una excusa
que se hunde en el recuadro de tu vientre
y me vuelve el hombre más callado.
En tus muslos me hago daño y soy alegre:
me niego vagamente, y una vez negado,
los recorro en sus puntos cardinales.

Soy alegre, amor mío, porque recorres
una cruz amartillándome
y dejas ese beso en mi espalda que me duele,
sueltas esos labios que me arden
con un dolor de amor incomparable.

Camino borrándome hacia el mundo
que nace de tu espalda.
No hay nadie, y de la nada yo aparezco.
Me aceptas...
Descanso en ti y me abandono.
Soy alegre, amor mío, porque en tus senos
voy descalzo y tarareo un viaje largo,
un viaje de imposibles ahora a mi alcance
-superficies de peces, panes y vasijas-;
de manera tal,
que conozco nuevos trayectos
y una ruta en que dos bocas se enjuagan
y se espían, lengua a lengua,
derrotándose ambas sin vergüenzas.

Subo y bajo a tu existencia.
Y esas bocas amargas, dulces,
tristes, llenas de alegría,
se inundan y se cruzan, se muerden
y trasminan...
En un instante, amada mía,
la vida es transparente:
no hay nadie, el cielo cae,
y los cuerpos de nuevo se inauguran...
los dos de largo viaje.

Aquí estoy. Vuelvo de ti.
Me sintetizas... Y ya no eres transparente.
¡Soy feliz contigo!
Para mi corazón soy una excusa.
Soy el viento alegre.

IX

Excalibur

Un hondero dando vueltas y vueltas y vueltas,
para ser el primero,
el primero donde la espada enclavada
asoma su marca en la piedra
-¿sabrá Arturo de su mesa
si es de astilla buena y pulida,
que por ser de hechura redonda,
y llena de Caballeros,
es el codo que al comer estorba?.

Para un hondero de pueblo
hay que ser y estar primero.
Mas, no quiero la empuñadura,
la virola o la hoja,
ni el filo de la espada contra alguien para usarla.
Lo que quiero es dar vueltas y vueltas y vueltas,
y llegar siempre primero.
Quiero ser el que libere esa piedra del acero.
Y ser el primero en rodarla, rodarla,
cuesta abajo en el lindero,
como un hondero que lleva alhaja
y su honda de liga y cuero;
un hondero que fija punto
y en él atina certero.
Tener la piedra en la mano
y rodarla, rodarla, rodarla donde quiero.

Ir a la mar un día
donde se alza con sus crestas.
Lanzar la piedra directo
y que salte haciendo arcos,
para que sientan las olas
que la piedra va muy lejos,
tan lejos, tan lejos,
como los silbidos que se llevan
las escarchas y los vientos.

Y dar vueltas y vueltas y vueltas,
con mi honda que es de cuero,
y el silbido de un hondero
que apuntó lejos, certero.

X

Sed discretos

Un día,
algo así discreto y misterioso,
me enclaustraré en mí mismo
y me pondré por víspera
un porvenir de buen futuro,
un candado de nísperos e ingenioso
que aplauda el latir
al quedarme yo enconchado.

Si alguno de vosotros,
por intriga, indagando,
o por curiosidad de saberse algo nuevo,
os acercarais hacia mí –todavía cerrado-:
sed discretos,
que adentro escuchareis
que aún me sigo riendo.

XI

Coro de risas

¡Qué lindo coro de risas
se le escapa a la fontana!
Parecen ser Adelfos
y Ninfas que salpican;
titulatura de Horus
de ceremonial magia y destello.

Un dedal va en cada gota,
ovillando y enroscando,
y cada Dios que se acerca
a la hilaza van pegando.
¡Qué lindo coro de risas
le hilvanaron al encanto!

XII

Arráncame la risa

No hay nada inventado:
salgo a beber tu boca;
boca, pino y cristal juramentado;
borde terrible y de alegría
que estalla prófuga de orillas,
que estalla miel y aguamarina;
sílabas desbordante y de saliva
en la cintura alegre del pájaro en la viña;
ámbar cilíndrico que arrastra
y vuelca mi boca hacia tu boca
en un trapecio de lenguas adheridas,
en un compendio que fulmina y recrea
poses de acacias encendidas;
lengua y boca que rubrican e inventan coronas
de tapiz, marchas y delicias,
y siembran el campo con un canto
de oro y de semillas.

¡Despréndeme la risa!
¡Arráncame en tu boca
mi boca peregrina,
la lengua viva,
la garganta blanda
que va desprevenida,
el olor a hierba
y la energía del cuerpo,
mundo, oficio, dentadura,
que a mí me disemina!

XIII

Cargado de alegría

¿Cómo no voy a vivir,
mientras el cisne, con su gran abrigo de equinoccios,
su plumaje albi azul, abre de par en par sus alas
a las aristas de las nubes?

¿Cómo me voy a morir cargado de alegría
y de un millón de flores germinando en mi mente,
dándome rutas, direcciones,
las pautas de un Capitán que abanderó cardúmenes y flotas?

Más allá, como todo,
se abre gallardamente el regocijo,
el encanto,
como un potro de carmines
que va a rienda suelta.

Voy a batirme,
y no en el dolor,
sino en los senos de la tierra:
suelto de cabello y de paisaje,
ensimismando rosas que bailan cual rebaños,
en los tejados que son como los hombros
de una risueño hermano,
en los azúcares que van volando,
en el mástil de una mano
que es gentil y está firme en mi mano.

Hoy voy vestido de prójimo accesible:
un risueño pardo, un aleatorio alegre,
un entendible afable, un planchado cariñoso.
Voy a extender mi pecho
al familiar humano,
en un agradable encuentro de equinoccios.

XIV

Qué suerte

¡Qué suerte la del león
cuando el cordero se le escapa,
entre garra y zarpa, la carne, dice, ha de estar agria!
Así el peletero, cuando pierde la tijera
es porque el cuero lleva agujero.
La rastra de la rastra empieza en el sendero.

¡Qué suerte la de Homero que a un talón fingieron
darle un libreto y luego cuerpo entero;
por más callo que tuvo fue célebre el sujeto!

¡Qué suerte la de Juan Salvador, que fue gaviota siempre,
exiliado en la nada, liderando y disfrutando,
sin límite en el mar, sin norma que acatar!

¡Qué suerte del tintero que al diablo le hace verso,

al fin la hoja sabe pintarlo como cierzo!

¡Qué suerte la de uno encontrarse el sendero
porque, un día húmedo y el otro más sincero,
nos ve siempre sonriendo:
a la rastra pone buey,
y al buey le da paseo!

XV

Todo era gardenias

Todo era gardenias:
el paso, los vientres, los mármoles de piedra,
las cintas intangibles rondando avenidas.
Sólo unos ojos...

Todo era gardenias...
La arcilla de kilómetros de tierra,
y la espora extinta
o la única que quedó escuchando
que cantara el aire que corría.

Entonada en la pasarela de la espuma,
la humanidad su oído de raíz abría.
Todo era gardenias:
lunarias flores de sol comprometidas,
flechas de mieles y arpones de lluvia
de unos ojos que veían.

De aquella mirada
las bigornias florecían,
porque alguien puso en sus ojos
gardenias por pupilas.

Entonces, ¿a dónde voy yo, guitarrero?
Se azucara mi grana en rebeldía.
Mi hígado, de angustia intravenosa,
padece de humana alegría.
¿A qué agravio le echaré la culpa?

Voy inconfesado de placeres, ¡oh viajero!,
inútil de dolores, carente de pesares.
¡Mea culpa!
Ayuno igual el doquier que el brincaba,

agito el arrebató en se excitaba
y conjugo el pluscuamperfecto en prefiriésemos.
¡Ay de mí!... Apresúraseme...
¡Pobre hombre!
Padezco de humana alegría.

XVI

Regocijo

No, no es ruido.
Es la laxitud o la extensión
que del corazón emerge
al poner un mirlo en tu mano
y verle volar dentro de ti, mi cielo.

XVII

Un paño de sonrisas

Guárdame una memoria de sonrisas
como si fuesen perdices
brincando en las praderas:
rojas de pecho, verdes de lid,
sobrias de improvisos.
Dales sensación de lluvia y de espuma,
y una cuerda en los pies para que brinquen
y devuelvan los versos que se fueron.

Ya ves que las sonrisas refrescan los aromas
y vuelven a escribirse
en poemas de palomas.

XVIII

En corazón de fiesta

De urgencia voy, desde la tierra,
en corazón de fiesta,
no sin embargos, no sin por mientras,
acunándome en el púrpura
y en las tímidas maderas del jilguero;

interrumpiendo lo terrestre como un descabritado tipo
que vibra campanillas,
que corre atronado, lleno de nieve,
de cangrejos, de tenazas
que toman por asalto frescas cumbres
o híbridos crepúsculos.

Vasto, ruidoso,
voy esparciendo fidedignas actitudes,
más anchas que mis risas,
más arrolladoras que los inmensos respiros
que abren el espacio en familia.
Saltarín, sin duda, vuelvo apremiado y correteado
a donde coinciden los héroes del fulgor
y la silvestre geografía de adorables pájaros mundanos.

Mi corazón en fiesta, de par en par,
se inventa a sí mismo
en los corredores vitales de las plantas,
en las vírgenes subidas de la superficie,
perforando hondos tesoros a la noche,
esparciendo las dichas entre golondrinas.

De urgencia voy, de juerga,
en corazón de fiesta.
Predicante, sin duda, de la amorosa vista
y del convento que nace de la conmovedora gota
cuando entrega su humedad
a la flora fugitiva.

Debajo del pecho mi cuerpo canta
un hasta luego y un ahora invito.
En la puerta de los ojos traigo la uva,
en las manos los racimos:
sean huéspedes de un corazón en fiesta.

XIX

Nubes de jazmines

Nubes de jazmines estoy viviendo,
el corazón de pájaro
y las ráfagas de cielo
en los ojos de verano.

Para mi alegría fijo el mundo
en su morada de festejo y de cascada.
Mi corazón metralla
pólvora de liquen
a la fragancia poderosa
y al bermellón camino del gorjeo.

Honor a las gaviotas
que limpian el lecho del aire en su paseo;
retomo su paisaje,
su celestial silbido,
su modestia que salpica el tintero de mi vida.

En las avenidas de jardines,
desbordantes de colores y semillas,
jazmines vivo.

XX

Me tiembla el corazón

Me tiembla el corazón, me pulsa,
como un ruiseñor de plata,
como un palpitar que vibra
en un manantial de voces
y en lluvia se desperdiga.

Donde vayan los latidos,
donde es jade la esperanza,
del orbe vena y arteria
para empujar la sangre a que lata.

Esta vez es la pujanza,
el conducto y yacimiento,
predispuestos en batalla
a dar soplo y cumplimiento.

Me tiembla el corazón,
me tiembla la vida entera,
y los levanto en la palma
a que un puño los extienda.

En cada mano alzada,
en cada boca que inspira,
el corazón se dilata

y en los panes se acrecienta.

Me arrastran los corazones
con su canto de fulgores.
Tropes son las gargantas
que nos vuelven inmortales.

A la voz de las cantatas
retiemblen hoy las torretas.
Garzas lilas y blancas,
forjando anchas cadenas,
van hilando los mañanas.

A la voz de los pulsares,
que son grandes cual murallas,
y a la voz de las cigarras,
vistieron de alas las calas.

Me tiembla el corazón, me pulsa,
¡me tiembla la vida entera!;
al alba la llevo puesta
y en los ojos por bandera,
y cada latido esparce
un ruiseñor en mi alma.

XXI

Atardeciendo en el paisaje

Así como del fondo de la música sube,
o llueve y se transforma,
o retumba en transparencia,
la tarde tiende un manto
y un corazón muy grande:
de seno en su tibieza,
de luz verde y ámbar,
de agua en pasarela.

En las violas se escuchan
los sueños de violines:
en cada nota salen
tomándose las manos,
en cada arpegio exponen
sus cuerpos anudados.
Y un pájaro les presta

sus plumas a que toquen,
que vibren en el cielo,
que vayan somnolientas
y picos enlazando.

Se va la tarde al cielo,
las grullas le persiguen,
sueltan sus botones
y visten sus plumajes.
Allá las nubes abren
penachos coloridos,
y en sus colores tienden
reposos de silbidos.

Donde se queja el viento
y se descalza el soplo,
de una garganta brota
la desencadenada diosa,
que es como una horquilla
de estrella apostrofada
mostrando una argolla
en un cabello suelto
y un pico de la estrella
para teñirse el pelo
de azul, rojo y violeta.

Se dan la bienvenida
los ojos y la arena.
Un picaflor se inclina
y un beso da a la cima.
Otra ave lo recoge,
y al abrir sus alas
se expande de alegría.
Los ojos a la arena
se inclinan, se destapan:
mil iris le regalan.
Y un picaflor sonrío
mirándole a la cara.
Los ojos y la arena
en alas se desgranán,
y otra ave, en el cielo,
encuentra la mirada.

Un corazón se crece,
dilata y se propaga;
un corazón y un pico

en la altura almendrada:
azul surcando, flota;
azul de azul, rebasa.
Y un alma le persigue
-la tarde antes del alba-,
tocándole en la espalda,
sintiéndole las plumas,
volándole en la aorta,
supliéndole la sangre,
latiéndole las alas.

VERSOS HUMANOS

Los obreros

I

Donde se amartillan en láminas las lágrimas del hierro
y las ámpulas abren sus calderos
al golpe firme del acero,
alzan las sirenas sus ojos,
sus rezos a los huesos taladrados,
y los pulsos de las vigas, en chispas rojas derretidas,
recogen las sombras de todos los lamentos
para que en sus botas, descalzas de casquillos,
griten las almas el gemir de los obreros.

II

Levantareis los estruendos de torretas,
los dedos vencidos por las fraguas y carbones,
los años en meses sudando medias horas,
las dulces Marías de las trenzas en el metal amortizadas.

Alzareis, digo, dientes, armaduras, cascos,
a las puntas altas del hornillo,
y de las ollas brotarán las contraseñas humeantes
por sirenas y fusiones derramadas,
llamándoles a ser los punzones eximidos.

Id, os digo, al asalto de la tierra, obreros,
a ponerle águila a la mira
y al águila un peto descubierto.
Salid de las bigornias sin fatiga
al ancho corredor de este mundo,
donde los ácidos se arden,
llamándose: utensilios, hombres, vino.

Vosotros, paladines, que a los ciervos orbe les reparten
y a la nada entregan su rodada,
porque hablasteis de honra con las pinzas
y al formón la dignidad templasteis, os digo:
Repartid las horas y los tiempos,
los guantes y las manos,
los cielos de nudillos y talleres;
fabricadnos en calderas hornadas por música de siglos,
dejadnos esa marca mecánica de calma,
esa rúbrica de acuerdo en nuestra espalda.
Y contad a todos, a todos por millones;
de uno en uno y pares, cada cual como punzones,

hasta que el kilo al gramo le sature,
hasta que el hígado a la gota le obnubile,
hasta que las fábricas desmoronen nuestras pieles
y sean rehechas con bosquejos de orfebres.

Tocad sirenas, obreros sin telares,
paladines metalúrgicos de mil fogones:
la manufactura fluye en serie.
Tocad las arpas minerales,
los follajes y sus luces,
los rincones encendidos del futuro.
Tocad hasta la muerte que vive haciendo muerte
y pide ser precoz antes del tiempo.

¡Id a despertar a las águilas de bronce,
a los cóndores de curio, a las sílabas de bromo!

¡Acerad los moldes esqueléticos del hombre!

¡Platicad del hierro emblandeciéndose en las calles!

¡Juntad a los metales, unid a las calderas,
y con una antorcha prometeica,
encended el fuego más humano en los pechos inmortales!

III

Un overol se ensambla a la línea
y se libra de su cinturón porta-herramientas;
su manga desarma la mesa giratoria
y las máquinas le miran asombradas.

El overol desmonta las calderas
y un río se desboca incandescente.
El río señala a las mangas
y los robots observan inquietados.

El overol desintegra su taladro
y al martillo lo aturde hasta quebrarlo.
La piedra, que chilla confundida,
recoge sus pedazos y se oculta.

El overol quiebra el rotor
y deja el ensamblaje sin turbina:
la línea muere, la fabricación exhala el último respiro.

El overol, de su manga, saca una mano y la extiende;
su índice apunta y señala al big bang que se contrae.
Le toca con el dedo...
El universo emerge y la creación florece.

Corred las llanuras

I

Los corceles de oro
-blancos jinetes y el nudillo encrespado-,
por la explanada retumban, por las gradas,
por el reborde del llano.

¡Seguidles el paso, jinetes de alzada!
¡Juntadles los pechos a que amartillen la tierra!
Batallones certeros, escuadrones ardidos,
llanuras de nadie al tambor de casquillos.

¡Jamás sea la muerte el jinete a galope!
¡Jamás sea el lancero un clarín sin florete!

Hasta la minería, hasta la frazada roja,
hasta el puñado de la remota pradera:
¡todas las llanuras al sonar de vihuelas!,
¡todos los jinetes con su empuñadura!

¡Salid cabalgando a lomo de estrellas!
¡Trotad como nunca, hidalgos, la altura!
¡Entregad los galopes, entregad toda el alba,
entregad con la estela la tierra excitada!

¡Jamás sea la muerte el galope que aturda!
¡Jamás sea la nada el relincho que atrona!

¡Agitad con el puño el crespón por bandera!
¡Alzad espolones, vencedores de guerras!
¡Jamás sea el jinete la muerte que trota!

II

Arriaba la muerte un caballo de bayo pelaje.
En su cintura postraba su dura tarea,
tan dura como la hosca osamenta que le atornillaba.
Un hombre, a lo lejos, tan sólo miraba.

Carga de sombras era lo que le postraban,
y el peso, al caballo, su muslo doblaba.
A lo lejos, un hombre, sólo le miraba.

Con la reata en la sien y el hocico anegado,
se crispaba el flagelo que le atizaba
y una llanura de zarzas por él relinchaban.
Un hombre, a lo lejos, tan sólo miraba.

Fallecida, al fin, la guadaña,
el hombre se fue al caballo;
liberóle el borrén, la cuña y el asiento;
el puente y las riendas también.
Y montado en el dorso, a duro galope,
la vida se alzó.

III

Que hay un corazón de agua
que galopa y galopa.

Y cuando late, su pulso de océano
iza las velas donde nace la sal.

A veces el hombre le suele encontrar
y apunta su pecho más allá de la mar.

El hortelano

¡Ahí viene el hortelano!
En la cuesta, los cañaverales;
en el llano, los frutales.
La uva el zumo extrae,
y en la jícara de hojuela verde
el jaspeado colibrí viene asomando.

¡Ahí viene el hortelano!
En su azada blanca y astil de cobre
una gitana baila su cabellera bruna,
y cava, con zapateado,
la sombra de luna y faro.

¡Ahí viene el hortelano!

Jazmines sobre las manos,
lilas va recortando.
Cuando los piñales abren sus ramas
y el surco ofrenda su fruto,
sus dedos llena de orquídeas
para ofrecerlas de enamorado.

¡Ahí viene el hortelano!
Perales cual enrejado,
ciruelos por el desvío.
En el sendero las flores
su paso le van marchando.
Sobre la luna el respiro,
sobre una falda el suspiro.

¡Ahí viene el hortelano!
Trinchando va su silbido
en la copla del limonero
y el verso del naranjero.
Hay un trino de higueras
que dejan su derrotero
sobre la limpia calzada,
mientras levanta del suelo
ramilletes a su adorada.

¡Ahí viene el hortelano!
Su corazón va sembrando
cuando la yunta espiga el camino,
y deja semilla roja
a que se riegue y florezca:
a unos labios de lotos,
a unos ojos de lirios.

¡Ahí viene el hortelano!
Los durazneros sus pieles
revelan a los ciruelos,
y les pintan sus chapas verdes
cual clavelinos tinteros.

¡Ahí viene el hortelano!
El que un día pasara
por la vereda de largo...
Cargaba un ramillete
camino del camposanto.

¡Ahí viene el hortelano!

El campo todo de verde
quiso lloverle sus mieles.
Mas, un día con otro ramo
cruzó la vereda de largo.

¡Ahí viene el hortelano!
En el silencio la huerta
percibe está sembrando
y los mangares doblan sus ramas
para escucharle llorando.
Hay unas mozas vadeando,
hay unas hojas que quiebran,
en el machete resuenan
los lirios que no prendieron;
en la tierra se siembran
los ojos del limonero
y sus semillas cosechan
la greda amarga del llano.

¡Ahí viene el hortelano!
Los lirios de un beso dado
se fueron al camposanto.

¡Ahí viene el hortelano!
El que un día pasara de largo.

Anciano

Tendrás las pupilas de la tierra
y el clamor dulce y blanquecino de tu historia.
Yo nada tengo sino tus ojos tristes.

Por sobre la orilla, el camino,
la taberna en que se beben los luceros
en el descanso de tus viajes
y la mochila de años recorridos.

Vendrán desde tus ojos
los panes y las ollas de un caldo de recuerdos.
Pero, yo nada tengo sino tus ojos tristes.

Y en el silencio de los cántaros
un río a su orilla le humedecerá sus hortalizas,
así como tus ojos al barro le llenarán de vida.

Pero, nada tengo y nada encubro.
Viviré y limpiaré mi vida con la vida.
Y en el recorrer del siglo,
plantaré tus ojos en los míos
y tus manos en mis huellas.
La isla de los años socavará la sed de mi garganta.

Me dirás: camina...
Y otra vez mi boca sembrará su primavera
recorriendo lo que seré y lo que he sido.
Pero, en los ojos de mi alma nada tengo...
sino tus ojos tristes.

Se llevaron los olivos (Federico García Lorca)

En un paredón de velas, entre santos de gitanos,
fue asesinado agosto con los brazos extendidos.
Mes a mes fueron gitanos los dolores de la espiga.
Mes a mes cayeron cuerpos con los ojos de aceitunas.
¡Ay, se llevaron a Granada a la tumba, Federico!
¡Ay, le escoltaron con cuchillas de aire impío!
¡Ay, le callaron con saliva de puñales y martirio!

En los brazos de los leños las raíces dieron grito.
En la espalda de la sombra el pavor hizo gemido.
¡Se mordieron lengua y labios con las hojas derruidas!
¡Dispararon los fusiles de las fraguas, sin permiso!
¡Arrinconaron suelo y polvo con barbarie y salvajismo!
¡Y enterraron a Granada con la sangre del olivo!

¡Del olivo, ay Granada, del olivo fue el sonido!
Del olivo los quejidos.
Del olivo sangre vino... ¡Parque y rabia!
Del olivo los gemidos... ¡Asesinos!
¡Asesinos!... Del olivo, ¡asesinos!

¡Se llevaron a Granada y en las manos al olivo!
¡Se llevaron, ay Granada, la razón de la aceituna!
¡Se llevaron al gitano y al gitano del olivo!
Se llevaron, ¡asesinos!, olivares, Federico.
Federico, ¡los olivos!...
¡Se llevaron en la carga a Granada sacudida!
¡Su casaca verde zumo, verde tierra,

verde campo, verde olivo, verde grito!
¡Se llevaron de la tierra a Granada, Federico!
¡Se llevaron al olivo y al gitano verde, verde, verde, Federico!
¡Ay, Granada!... ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!

Jazmines de cuatro cielos (El panaderito abandonado)

Cuatro jazmines se abren
a plomo de sol que arde,
y los cuatro parecen fundirse
en un molde que crispa a la tarde.

Pan para tus ojos,
de la harina de la acera
y del reflejo de los vados.

Cuando llueve sal y levadura,
y se fermenta entre harapos,
se refina en las manos
un costal de polvo y llanto:
manecitas de jazmines,
azafrán corre en tus pasos.

¡Nadie dijo que eras malo...!
Pan para tus ojos,
pan para tus manos,
pedacitos de migaja
amasándose en tu rostro.

Hogaza de cal y arcilla,
carente de amparo y mama,
retuerce tu ansia de hambre
y parece ser un abrigo
en canasta de mimbre ajado.

Cuatro jazmines se abren
y cuatro llevan tus ojos:
las manecitas les cubren
tapándoles el desnudo pecho,
vistiéndoles al sentir el frío.

Pan para tus ojos,
pan para tus iris niños,

teleras sobre tu cuerpo
que hielan tus piecitos.

Cielo de roca y manta
que le llamaras averno,
cuando jazmines brotaron,
los cuatro fueron de invierno.

Con tus bracitos cargados,
con tus hogazas marchando,
los cuatro jazmines voltearon
mirando al mismo cielo:
¡Yo no soy malo...!

Pan para tus ojos,
pan para tus manos,
para tus ojos despiertos
con los jazmines vistiendo.

Cuatro jazmines de cielo,
frazadas de lama y fango;
cuatro jazmines de amparo
con un mendrugo en el bolso.

Pan para tus ojos
cuando te sepas viviendo,
cuando cuatro jazmines lleven
hogazas de masa y cielo.

PROLEGÓMENOS DEL CORAZÓN

Suspiro

De la nada, pozo fértil de secretos,
substraigo la inconclusa creación de un par de cielos
en la rosa que refleja un firmamento.
Sus pétalos, atormentados por carmines,
construyen, sin que lo sepa, la figura de un ser
que remoja lo impensado.
Abro así las puertas al amor
en un acto inmaterial lleno de helénicas interrogantes.
Y en un momento egregio,
me abrazo a ella generando una Apocalipsis
que yo le llamo: cielo.

Al octavo día gira en torno a ella una nueva tierra:
las luz de sus pupilas amaneciendo a las mías...
y yo suspiro un cuerpo que a cada rato
me extasía y volatiliza.

Hálito de miel

Mi beso abre las hondonadas de tu cuerpo
y ahí la noche baja sin que te cubra nada.

Pareces un largo cielo con el vestido de la estrella,
y un vigía abre sus ojos hacia el beso de tu cuello.

Llévame, mujer, a tus cabellos, desencadenados y abismales,
etéreos como el fuego, intrépidos y aún risueños.

A tu desnudo torso voy de viento
y soplo y soplo la más sedante libertad del vuelo.

¡Qué hálito de miel tus hombros!
¡Qué aura de mimbre tus caderas!

¡Qué franca vastedad la de tus brazos!
¡Que tornadizo paseo el de tus pechos!

Porque sabrás cuánto de ti tienen mis manos
que albergan los pasillos más callados.

Porque resbalan en ti mis iris
como un témpano flameante en desenfreno.

Y tus muslos... ¡Oh choque de invictos mausoleos!
¡Turbias aguas portadoras de horizontes!

¡Qué victorias descubiertas a los ojos!
¡Qué guías a los pasos de mis besos!

Eres una onda de misterio
y un cuerpo que escapa al reposo.

Atraviesas los sueños sin aliento
y no existes mas que diurna en el desvelo.

En las minas guardas, sobre níquel, tus secretos,
para que un minero busque el ópalo preciso.

Eres la licencia que rota a mi mundo.
¡No sabes cuánto de ti tienen mis labios!

Cuando hablas con los pájaros

Como si hubiese un pájaro en ti misma
midiendo el viento,
mirando alzarse las mieles de tus ojos
a tus flancos desbordados,
a tu braceo de agua tibia,
crisma de existencia: ¡te beso!

Levantas el haz de los colines de garganta negra
a tu cabello y cesan tus mejillas
el ascenso del sol.
Es claro que llevas el cieno y los ríos.

Tú también soplas la tierra.
Y eres ligera, sutil,
vaivén que se ilumina,
la arista del firmamento cuando azul reclina.
¡Y te beso!

Cantas en mí al desnudarse mis silencios.
Y eres ilegible: entre la armonía
y la posible comunión de amor y vida.

Te aproximas al aire como un cenzontle

que al mar va reemplazando.
Es entonces que entiendo de tu vuelo.
Y para hablarte,
abro los ojos alrededor del cielo
donde la brisa un perfil dibuja... ¡Y te beso!

Es claro que tú cantas en mi pecho
y perduras no cayendo.
Vas trepando escarchas, célibes encinas,
trinos de avejillas, nubes escondidas.
Y te beso...
¡Con qué fertilidad te beso!

Sobre el giro de los aires,
también yo te imagino.
Y procuro que fulgure
saciándose de tu aire,
de ese que respiran las alas al abrirse,
porque tienen dimensiones
de ángeles plumajes,
porque llevan los graznidos
a lo inimaginable.

Y te beso...
¡Con qué fertilidad te beso!
¡Con qué fulgor te quiero!
¡No hay pájaros sin vuelo,
ni labios sin el cielo!

Te beso... con el celaje tenue
de un simple carpintero,
como si el viento fuese
la eternidad de un cisne.

¡Es claro que te quiero!
Reúno mar y suelo en la tersura
nacida en tu cabello,
en la acrobacia de las cortinas
que brotan del ascenso,
en el planeo enmudecido
de un solo y simple beso.

¡Con qué cielo te beso,
que a veces no me alcanza
abarcarlo sin el vuelo,
a veces no conjuga

todo el silbido del pío
que emana de mi pecho!

¡Con qué cielo te quiero,
que anidas tú mis besos
donde se incubaba la potestad del cielo!

¡Con qué silencios beso,
que cuando emigra el ave
se los lleva de arrullo
buscando devolverle
a su cauda un consuelo!

Sí... ¡Es claro que te quiero!
Y es claro asir los brazos
cual aspas para el viento,
sentirlos como velas de arena en movimiento,
llenarlos de plumajes,
vocalizarlos soñolientos,
y en la pulpa del aire
sentirles recorriendo,
con el suave tacto,
el beso de tu boca
de pájaros del cielo.

Mujer, recorre mi tirana obsesión...

La uva dulce fermenta tu torso de racimos.

¡Cómo no sembrar en ti la tierra, mujer,
o el beso de la copa que atiza la garganta
y cuece mi lengua o la triza desesperadamente
al extraer el sabor que emana de tu espalda!

¡Cómo no volcar sobre tus muslos
el vértigo que viene de la rosa
y se convierte en pétalo una vez besado!

¡Cómo no ha de buscar el cántaro
el líquido que escurre
y suaviza el látigo o destruye a la púa,
si viene de la arcilla de tu vientre palpitando!

Mujer, recorre mi tirana obsesión hacia tu limbo

y deroga con tus ansias el sepulcro de mi dicha.
Como una flor de guerra
que limpia sus armas de belleza,
empuña en tu cadera las alas de victoria
y el celo mío que te aguarda.
Sobre tu dorso siembro la uva que me altera,
y en tu pecho cosecho
el corazón que a mí me embriaga.

Anillo de compromiso

Entonces, acontecerá:
brillará la luna cual pájaro encendido;
todos los cristales de la arena
circundarán su forma en una argolla;
la constelación mayor y las nebulosas
hablarán su firmamento por mi boca.

Me beberás en una copa,
en un clamor espiritual de cielo,
en un jardín celeste hacia tus párpados trenzados.
Y un anillo te desposará
como a una lila en la grana descubierta.
Pediré el agua, el reposo, la fragancia.
Te daré mis polvos, las fibras, los metales,
la desencadenada tundra de la altura.
Hablaremos juntos por encima de la noche,
tú y yo como verdugos de la tierra,
arrasando cráteres con labios en racimos,
trepándonos en ríos volátiles
que iremos seduciendo con nuestras maravillas.

Entre las hojas, la hoguera nuestra
levitará intempestivamente.
Juntos, los nudos de un árbol nos apiñarán
para ser su fruto al día.
Y tú serás mi esposa: nueva, inconfundible,
la luz en minería.

Un mapa lleno de ojos te clavará la vista;
y los míos, a tus ojos, le pedirán tu vida
para entregarte, a cambio, mi escala de alegría.

Te llamaré: mi esposa, sollozo y agonía.

Y un beso nuestro, irrepetible,
será el cuerpo dándonos la vida.

En la nieve, el blanco, golpeará el cobre
con nuevas campanillas,
y tú verterás las copas cruzando biografías
para que yo te nombre el sol de galería.

Mí ojos, a tus ojos, le pedirán tu vida.
Y te llamaré: mi esposa... mujer de mi alegría.

La beso y me siento un Dios

Giro sobre la espiral del universo,
un verso fresco en la parcialidad de lo completo.
Más allá de lo creado y en el aguamiel de los espacios,
ella serpentea en lo infinito:
sus cabellos, lunas de Giza y del Peloponeso,
galopan la intemperie y lo profundo
mientras se enredan sus soles en la castidad de aquel vacío.

Un vientre de fuego a lo largo,
como un charco de noche,
como una libélula de estrellas,
llama a los binarios elementos por su forma
y los incorpora, cual pulsares,
del cuello a su cintura.

Me siento un Dios, un Zeus observándola,
mirando un cuerpo de amapolas,
una silueta de energía de un Virgo constelado,
a un quasar radiante que no suelta infrarrojos.

Evoco la creación;
y no de una Sixtina en un fresco apuntándose los índices,
sino de un cuerpo hacia un mundo,
de un deseo hacia el tiempo:
sus labios en mis labios y dos lenguas intentando.

La cercanía del cielo procrea mi corazón y manos.
Cuando aproximo mis labios y los suyos son cercanos,
contemplo, ciego, el universo distendido.
¡Y me siento un Dios besándola a mi lado!

De mis ojos emergen soles; de sus iris, los océanos.
El Índico anuda su corazón al mío.
Canteras de Cantabria esculpen el latido
en firmamento y pedrería.
¡Y me siento un Dios así besándonos!

El alba de los ojos destella alegrías.
Por el infinito, las manos acarician la luz de un paraíso.

¡Me siento un Dios besándola a mi lado!

Supón que entre tus alas

Supón que llevas una camisa de alas,
que escuchas la garganta del mundo en tus palmas,
que traes la cobija y flama de la lluvia en la memoria.

Supón que tienes nombre y una canción de calas,
que atraes con los ojos una mirada de agua
y escurres una gota que te habla sin palabras.

Supón que eres tú misma en un claro que me abarca.
Dijéramos que llevas las cuerdas de las nubes
y el vapor de las guitarras cuando las manos alzas.

Supón que entre tus alas los dos juntos cabemos
y esas dos alas pactan volar con las miradas,
y estando allá en la cima describen lo que se aman.

Pudiera ser que a un ángel las plumas le quitaran
y el vuelo se volviera un viaje
que extiende en su marcha sopliditos impecables.

Serías un detalle, un copo antes de nieve,
un níspero en el aire al que acuden las calandrias,
de los que zarandean al viento y no requieren alas.

A morir, mujer, en cada soplo...

Inspirado en ti, mi boca busca.
Un amanecer de rito en ti erige
la tempestiva humildad de las pasiones.

Todo eres tú: desde el hosanna hasta el aroma,
desde el asalto de cruzadas
a la caricia más dócil y apacible.
Mi cuerpo en ti volando muere
y entierra los besos más sagrados.
La plural dulzura de tu pecho
amaza el pan de un verbo suave.

¡Ah, de tu roja cintura esmerilada!
¡Ah, de tus senos que son dúctiles y zahareños!
¡Ah, de tu cadera que se enfila más allá de la montaña,
y más allá, aún, de tierra firme!

Pero yo te amo, mujer:
las mil guitarras llaman a la lid con sentimientos
y la blandura de tu cuerpo afina
el deseo que ostento;
mis labios cavan en ti una vereda de caminos amorosos.

¡Ah!, todo eres tú: el beso y el furor,
el paladar en un terrón crujiente,
la melaza parda y glaseada o hecha fuego.
Mujer canela: cuando en ti sangran mis labios
el más fibroso amor canta ternuras
y cristaliza el corazón de acero.
Entonces, ¿qué besos no arrancan savia si te sienten?,
¿qué fruto no emerge maduro de tu vientre?,
¿qué color no estalla su tinte
en la misma proporción de tu dulzura?

Y como si el beso viniera solo y se escapara,
como si el mundo rodara en cada hombro
y en tu espalda,
y los latidos fueran eso: arrojito y llanto,
la transparencia nocturna de tus blancos,
los muslos tropicales que hacen mayos:
¡todo en ti converge, todo en ti acontece,
y el beso fuga su nocturno por tu talle!

¡Ah, de tus brazos en mis labios!
¡Ah, de tus ojos en mis ojos!
¡Ah, de tu ánima en mis dedos!
¡Ah, de la ahogada cúspide de besos!
La infinita luz llama a sus deudos.
Y con mil besos, mujer, como tu cuerpo
y acojo un sueño forjado en el delirio.

¡Ah, los elixires de un beso!

A veces el viento canta, mujer,
se vuelve soplo,
y trae un niño con un geranio
que va plantando, junto a mis besos, en tus costados.

¡Ah, la vorágine de amor y besos!

¡Ah, la inmortalidad de nuestros besos!

**FENOMENOLOGÍA DEL VERSO
O
EL ENTE EN LA PALABRA**

I

Mutatis mutandis

“Corgito ergo sum”
Descartes

Ea, Nebo (matándose de risa): ¡Soy!
De sal, de muerte y de Gomorra: ¡Soy!
Guernica o Juana de Arco respirando: ¡Soy!
Las rocas a Ovidio conquistando: ¡Soy!

Y en la apóstrofe de mi ser amenazado
me desnudé de cielo e infierno
para ser la más terrestre divinidad de lo mundano:
¡Soy!

Picasso: ¡me diste un rostro!
Dalí: ¡me bosquejaste una efigie!
Cervantes: ¡me diste armadura!
Delvaux: ¡me pintaste el recuadro!
¡Soy!...

Me inquieta saber si un día
el ser se hizo
al verme imaginado.

II

El ser

En ese antagonismo de lo verdadero o falso: soy.
Escudaré mi existencia en la conciencia
de lo polémico o contradictorio,
en su exigencia de satisfacción mundana.
Más allá de mi diversidad, promulgo mi permanencia
en la captación de cada instante.
Soy: juicio concreto de mi propia justificación.
Mi absoluto ser me llama.
Y yo le llamo por mi nombre.

III

Singularidad de un suceso

Encontraré un suceso, cual pocos,
que la esencia o la existencia
pueda decirnos cuán humanos
le haremos para hallarnos.

Tal suceso será de forma singular
que a cada quien lo suyo
y su entidad habrá de adjudicarle
el ego mismo
que es meollo de su exacta analogía.

Expliquémonos entonces:
un suceso igual a uno y a sí mismo
que permita al sujeto armonizarse
con su detallada identidad de personaje
y sin menospreciarse por llevárselo de traje.

Cuan plus certera será su entidad
que por el hecho de ser su ídem,
inherente hará su propio sino.
Así el ente hegeliano quedará
en su dialéctica cognitiva
concretamente descifrado.

Verdades ciertas de las multitudes
hablarán por entre dientes,
dirán a voces: me hallé yo mismo
en un suceso que aún no logro discernirlo.
De ellos, el más tonto hará alharaca:
“Me conocí y comprendí a mí mismo”.

Lo encontraré, ¡lo sé!...
Aunque no deje ese suceso
de tenerme siempre confundido.

IV

Certeza divina

Si yo fuera eterno crearía la teología.
Le daría reencarnación, espíritu y alegoría,
el protocolo de la materia y del fuego,

la inmortalidad terrenal en el umbral
de la iluminación intangible y sublimada.
“Eres” –diría-, y el cuerpo fluiría.
Deidad infinita sustraería
de la absolutez de causas afirmadas.
Prueba uno: el ser existe en cuanto es.
Prueba dos: hay causa en su razón.
Por tanto, para un buen sofisma
se requiere lucubrar a lo divino
y dejar que alguien lo lea
con el sentido común
de la lectura irracional.

V

De la absoluta certeza de lo que es

Descompongamos la certeza:
de lo absoluto a lo inferior,
de la grandeza a la mínima expresión,
de la esencia a la apariencia
en una aritmética y geométrica descomposición.
Y siguiendo con el método:
procedamos de las partes
a restituir la totalidad,
derivemos de la sencillez
el pensamiento más complejo
con la certeza propia de no omitir conceptos.
Unamos fragmentos y elementos
sin dejar duda alguna de su válida congruencia.
Porque, si el método fuese el incorrecto,
en un error de cálculo descartaríamos al eterno.

VI

La racionalidad del ser

Todo ser es un tipo de ente razonable
porque tiene esa ordenación
de lo requerido y lo indispensable.
En la analogía de la relación,
su resultado es consecuencia del efecto
llevándolo a su causa
(no a la inversa).

Por tanto,
no hay tautologías,
todo es verdad, principio
y razón pura incuestionable:
siempre estamos en lo cierto.

VII

Definiendo

Entre la lógica teórica
y la lógica aplicada
hay preferencia hacia el sistema clásico
que la universalidad propone
en su facultativo lenguaje prefilosófico,
sobre la manera en que el ser define
su disyuntivo parecer:
me gusta o no me gusta...
y no hay lógica que medie.
Ciertamente, no se requiere discutir con Walter Burleigh
sobre la dialéctica del verbo emocionar.

VIII

Onticidad del ente

Resuelvo, atajo, discurro: la metafísica es un discurso.
Va, y me explico:
soy el ser de un ente en voluntad de existencia
y de poder.
Valga la retórica contraria el yo mismo en otra parte.
“Metafísica” –diría Heidegger con su regreso óntico a otro ente.
“Falso” –respondería Nietzsche con la voluntad en su poder.
Diría yo: en mí radica el ente.
“Perjurio”-respondería Aristóteles apuntando
a las regiones específicas del ente.
Reformulo entonces:
el ente es un ser virtual de un chip, fabricado con cilicio,
de alta velocidad, que su esencia
magnífica en un windows de 64 bits...
y es programable.

IX

To be or not to be

En los prolegómenos de la materia
se exhibe el principio de saberse
o identificarse como un ente:
pienso, luego existo.
Batallemos, Descartes, con los claros de la sombra:
para existirse se niega el ser y se concretiza a la vez.
Una vez delimitado, se exhibe en los límites de su cuerpo
para definirse ante el opuesto de su propio ser:
dualismo puro en el Matrix perfecto
-Neo y Trinita nos convocan a ese sueño.

Yo era un radical que tenía un hermanito en la mente,
y lo soñaba verde, con sus aficiones verdes,
con sus esperanzas verdes,
con sus similitudes verdes.
Para llamarle le nombraba: Verde.
Y tenía él un corazón verde para sus pensamientos verdes.
Luego, entonces, existía porque era verde.
Mas, mi materia era opaca y sombreada,
vieja ya y algo cansada,
y por ser tal, el verde a mí no se me daba.
¡Ay la nada que a mí me abrigaba!
Mi hermanito existía...
Y mi yo, el de siempre, el otro igual a mí,
yo mismo,
el que hacía sombra
y en el claro no clareaba,
¡ay, no existía!... mi hermanito a mí no me soñaba.

X

Tentaciones de la praxis

No hay crítica sin la razón,
ni espíritu absoluto contenido en el ser.
Lo que existe es una correlación creadora
entre teoría y práctica transformadora
(dejémosle a Lenin su ya obsoleta teoría del reflejo
que sirviera de espejo a Stalin,
posando, para hacerse monumentos).

Sométome a la crítica del viejo humanismo:

me olvido de ser yo mismo
en tanto más me pienso.
Acúsome, por tanto,
de ser humano irreflexivo.

Y teorizo cuando sueño:
me gustaría ser mar sociable
(socialista, diría el compadre)
y que el vecino compartiera a su mujer
sin darme riña.
Por supuesto, la validez de ese estatuto
radica en una premisa certera y verdadera:
besando a la vecina
se transforma todo el día...
Es una práctica creativa.

XI

El raciocinio puro

Trascendamos hacia la universalidad
del raciocinio,
de manera tal, que el espacio tiempo
nos trascienda en su lógica de conocimiento.
Divaguemos, entonces, la objetividad
en la experiencia subjetiva,
y hagamos del sujeto
la unidad demostrativa.

Imaginémonos imaginando...
y en cualquiera de sus perspectivas.
Así el concepto será la pauta,
y el fenómeno la consecuencia
para discernir entre teoría y experiencia.
Convenzámonos de la validez del raciocinio
y la profundidad alcanzada de su pensamiento:
toda vez acostumbrados a vivir en manicomios,
afirmaremos que la vida es siempre una locura
y, por ende, la razón más pura.

XII

De la estética o humanizando al Quijote

Si por belleza estética entendiera Don Quijote
la constelación de valores que se reconocen
y perciben, haríamos de nuevo su figura.

Ni peto, ni armadura, ni lanza se le diera.
Caballero, para usted la resolana
y una lis en la chaqueta con olor a Dulcinea.
¡Y que corra el corcel por el llano hasta la aurora!

Dulcinea, bella moza,
Dulcinea del Toboso,
por la flor de la cañada que el molino le besara,
¡ya se escucha al Caballero!,
¡ya se escucha aquí en La Mancha!,
con la flor que lleva puesta
y una rosa a desposarla.

¡Va sin peto ni armadura,
va sin lanza para amarla,
va con toda la cargada
de una flor a conquistarla!

XIII

De la lógica de Tomas Aquino

Discurramos sobre la segunda vía
basada en la causalidad eficiente,
la cual concluye en la existencia de una necesaria
y primera causa.

Frente a la disyuntiva de qué fue primero,
si el huevo o la gallina,
y una vez aplicados los postulados
de Kimovsky, Buenge y Sabino,
sostenemos que lo primario
fue el gallo: fue padre y marido
en un singular evento,
como lo hizo el big bang,
curvando espacio tiempo
para generar el universo.

Frente a la lógica de Aquino,
postulo lo siguiente:
debió existir un gallo universal
que nos creó sin cascarón...
para batallar y estar picando este mundo.

XIV

Moralidad del ser

“La ética es la estética de adentro”

Paul Reverdy

¡Qué culpa tiene el hígado de ser tan feo!
Si su conducta fuera proba
jamás bebería una gota
y su práctica sería tan certera como buena.

Obediencia a la regla debería acatarse
pues con grasas inmorales
deglute sin modales.

Recta ha de aplicar su conducta
y sus valores por demás formales
cuando su función regule
la coagulación sanguínea.
Mas, yéndose de juerga
y haciendo sus diatribas,
en un viral momento
cirrosis da al sujeto
y lo lleva en su entuerto
al cajón: frío y muerto.

XV

Fatti realmente dimostrati (hechos probados)

No sé de cierto que del firmamento
el cielo su forma funde
para morir de tarde
en algo que nadie sabe.
Para mí es un jardín que late y envejece,
y tiene un par de ojos
con los que miro su roja tarde.

Por supuesto, lo detengo en mis hombros...
hasta cansarme.

¿No habrá algún elefante o tortuga
que venga y me supla?

XVI

Ética humana

(Justicia)

¡Al culpable!... ¡Al culpable!...
Gritó la multitud al aire.
Como un timbal con voz se le escuchó clamando:
¡Castigo al culpable!...
Y el gemido ardió como una tea demandante,
encendiendo el cielo y al poblado por entero.

¡Justicia!... La ronca voz de muchedumbre vibró
y fue juntando aún más gente.
Las gargantas, alteradas, llameaban en la plaza.
Las mujeres brotaron doquier sesgaba una abertura
y sus ollas violentadas flamearon cual brasa la rotonda.

Los hombres, con palos y azadones,
salieron de tabernas, de nichos y refugios,
e hinchando pechos y tazones
destemplanaron al mismo eco con sus gritos:
¡Al culpable!... ¡Al culpable!...
Y un gentío irritado colmó de puños,
aullidos y alaridos, al poblado que aún no veía la tarde.

La masa, excitada y en plena furia,
alzó piedras, picos, damas en tacones,
a todo ser que se movía:
¡Justicia!... Retumbó al unísono su apremio... ¡Justicia!...
Y el sonido disolvió a las aguas
que en lo alto de las nubes se agrupaban.
Entonces, la multitud, de uno en uno, giraron rostros
buscando al responsable, y todos se miraron.

Cuando el silencio brotó del semblante del ocaso
y su sombra perfiló a los rostros expectantes,
nadie supo si había entre ellos un culpable, ni de qué se acusaba.

XVII

Fenomenología del suceso (De aquellos hechos ocurridos)

Certera necesidad de lo ocurrido que hasta el aire
puso al viento en vulgar predicamento.
Pero, ¡nadie dice del suceso!
Son sonados tales actos
que de cuando en tanto algo extraño nos parecen,
y lo atípico del caso es su infrecuente inexistencia.
¡Vaya escena!

Hechos tan sonados en la voz de multitudes,
sea el punto que concierne e ignorado es por la gente,
arrebatan mocedades, augurios, infortunios,
según la tilde que difame, censure o desacierte.

Asonada fue, y digo: ¡nadie alude todavía!,
que hasta oreja puso el burro
y el sargento el embudo para oírlo recio y fuerte.
¡Vaya excéntrica rareza acontecida en el asunto!
Peculiar será el estilo si es la forma de entenderlo;
distintivo su atributo e innovado en contenido.
¡Vamos pues, que ese hecho es un asunto acaecido!

¿Y el suceso?... ¡Ah, el suceso!...
Bueno, ¿qué suceso?... ¿Ya se sabe?

Agosto 2011



SALVADOR PLIEGO:

Nacido en la ciudad de México. Con estudios en Antropología Social y una Maestría en Sistemas de Computación. Como escritor inicia su carrera a finales de 2005 y desde entonces ha publicado los siguientes libros:

Poemarios:

Flores y espinas	2006	
Claro de la luna	2007	
Encuentro con el mar	2007 – 2008	Libro I y II
Bonita... Poemas de amor	2008	
Libertad	2009	
México	2010	
Los niños	2010	
El libro de los besos	2010	
Arterias de la tierra	2011	

Cuentos:

Los trinos de la alegría	2006
Aquellas cartas de amor	2008

Fue premiado como segundo lugar en poesía por la ENSL en México y nominado como finalista por el II Certamen Internacional de Poesía “San Jordi” en España, 2006. Participó como jurado en el Primer concurso literario “Atina Chile” en 2007. Su poema “Espadas y papiros” fue entregado como parte de los premios otorgados al ganador del Segundo concurso de cuentos cortos HdH Medieval. De sus viajes ha recibido múltiples reconocimientos, entre otros, el de ser “visitante ilustre del Municipio de Urrao”, Colombia.

Durante 2007 y 2008 participa activamente en el foro MundoPoesia, considerado uno de las más grandes de la red de Internet en cuanto a escritores, publicaciones y lecturas. En ese periodo es premiado en 19 ocasiones, entre ellas, otorgándosele el premio de Poeta del mes.

En el 2011 ha sido ganador de los siguientes premios: Ganador del premio de poesía Rubén Darío Rumbaut con el poema “Dulzura”, y “Primera mención de honor” en el concurso internacional de poesía “Trofeo Memorioso” organizado en Chiloé, Chile, con los siguientes poemas: Corcel de alas blancas, ¿Dónde los olivos? y Templanza.

A la fecha ha realizado lectura de su poética en Estados Unidos, México, Perú, Chile, Argentina y Colombia.